

An aerial photograph of a dense forest, likely a coniferous forest, with a misty or hazy atmosphere. The trees are dark green, and the mist is a pale, yellowish-green color. The text is overlaid on the image.

EL
AJEDRECISTA

DE
HITLER

NOVELA

PERSUS NIBAES

D.J.57

El Ajedrecista de Hitler

Persus Nibaes

Copyright © 2019 Persus Nibaes Todos los derechos reservados. ISBN: N° 9781795130363
persusnibaes@hotmail.com

ii

DEDICATORIA

A todos los muertos por una ideología, cualquiera que ésta sea.

CONTENIDO

Agradecimientos i

- 1 EN OSORNO, FLAMEABA LA BANDERA NAZI 1
- 2 BARILOCHE, 1994 10
- 3 CUMPLEAÑOS DEL FÜHRER EN OSORNO, 1936
- 4 ERA NAZI
- 5 LA CONSPIRACIÓN
- 6 JUAN KELLER
- 7 ANTIGÜEDAD DE FRITZ TODT
- 8 ALEXANDER ALEKHINE
- 9 PRIMERA CARTA DESDE OSORNO
- 10 CUIDADO CON LA IDEOLOGÍA
- 11 LA CHICA PUNK
- 12 FEBRERO DE 1942. CONVERSACIÓN ENTRE FRITZ TODT Y HJALMAR SCHACHT
- CONVERSACIÓN CON LA CHICA PUNK. TEORÍA DEL ¹³ COMLOT
- 14 1943
- 15 AMISTAD ¹⁶ SEGUNDA CARTA DESDE OSORNO
- 17 KARLOROBERT
- 18 INVESTIGACIÓN CANCELADA
- 19 MIEDO
- 20 BATALLA DE WELLE
- 21 TODT
- 22 KLAUDIO ARRAU. 1949
- 23 EL BREZAL

vi

AGRADECIMIENTOS

A mis amigos Eduardo Gallardo y José Miguel Ramos, por imaginar conmigo esta novela.

i

El Ajedrecista de Hitler

CAPÍTULO 1
EN OSORNO
FLAMEABA LA BANDERA NAZI

Cuando entró a la biblioteca de su padre, no tenía más de 5 años. Había ido muchas otras veces a jugar con sus figuras de soldaditos y pequeños avioncitos de plomo. Pero esta vez fue distinto, algo había despertado dentro de él.

Miró al fondo de la sala y vio a su padre inclinado sobre un tablero de ajedrez, profundamente concentrado, con la cabeza apoyada en su mano derecha, reclinado sobre un costado de su silla.

Frente a él, el famoso agrónomo chileno descendiente de alemanes Adolfo Matthei, quien se tocaba la barbilla, también concentrado en sus próximas jugadas, absorto en cálculos ajedrecísticos.

El asombro del niño fue grande al ver las pintorescas formas de las piezas. Los caballos; robustos potros fina sangre. Esbeltos y musculosos. Los Alfiles; solemnes e inmaculados. Altos, sostenían una larga espada con empuñadura en forma de cruz apoyada sobre la punta en el suelo. Las Torres; telúricas y tétricas, parecían castillos medievales de esos que su madre le contaba, había perfectos en su Alemania natal, a la cual la familia no podía volver.

Su imaginación quedó desbordada cuando observó a los Reyes; soberbios y dominantes, mucho más altos que los pequeños peones, pero no menos complejos en los detalles.

Le fascinó la estructura y sistema del juego. Descubrió que todas las piezas tenían un movimiento distinto y coordinado, el cual aprendió de inmediato y calculó fácilmente en dos o tres jugadas más. Quedó enamorado del sistema y esa noche ya acostado en febril imaginación, calculó todos los movimientos posibles de la partida de su padre hasta que lo venció el sueño.

No tenía más de cinco años y aquel día en la penumbra de la biblioteca, había descubierto el juego imaginario de los reyes, el hermoso e histórico juego del Ajedrez.

Al otro día asistió tranquilamente al kindergarten en el Instituto Alemán de su ciudad natal, Osorno.

Ubicada en el sur de Chile, Osorno recibió una numerosa colonización germana a fines del siglo XIX. Alemanes, austríacos y checoslovacos, llegaron escapando de una Europa en constante Revolución Industrial y con grandes diferencias religiosas entre católicos y luteranos, y se instalaron en varias ciudades del sur, las cuales, fueron creadas por el gobierno nacional para recibir tal inmigración. De esta forma nació la ciudad de Puerto Montt, ubicada en la antigua caleta de pescadores Melipulli junto a otras ciudades cercanas como Puerto Varas y Llanquihue, a orillas del lago que conservó su nombre mapuche, que quiere decir; Lugar Hundido.

La principal razón de esta política de Estado de traer inmigrantes germanos y levantar ciudades, fue cambiar el uso de suelo a razón de apoyar una incipiente economía agraria—industrial, olvidando para siempre el concepto económico de subsistencia y respeto por la naturaleza, de carácter ancestral.

De esta manera las comunidades mapuche— huilliche aledañas a ciudades como Osorno y Valdivia, fueron desplazadas y transformadas socialmente y su población en peones de grandes latifundios que fueron entregados a los nuevos propietarios de las tierras. Obviamente con el cambio en el uso del suelo, cambió necesariamente el paisaje.

—Me parece estimado Otto, que los incendios fueron necesarios y pertinentes, no solo para transformar el uso de la tierra en este territorio fértil y rico que es ahora. Sino para transformar también la mentalidad de esta gente mapuche, respecto del valor del trabajo. —dijo Matthei moviendo el caballo y amenazando la reina de Otto Dunken, el padre de nuestro niño ajedrecista.

—Tiene razón en lo que acaba de decir, estimado Adolfo. Estos mapuche deben aprender que la tierra nos ha sido dada por Dios, para generar riqueza y alimentar el fruto de nuestra inteligencia humana. No para holgazanear y esperar que la tierra nos de todo. ¿Si no fuera así, entonces cómo podría generar los recursos para financiar la educación de mi pequeño hijo Karl? Por cierto, aquí viene. —dijo el padre del niño.

Karl era rubio, delgado, casi famélico. Recién había iniciado sus estudios básicos en el Instituto Alemán de Osorno. Así como muchas tardes, jugaba con sus figuritas junto a su padre, pero hoy no, hoy se dirigió directamente a observar el juego que periódicamente su padre; Otto Dunken, compartía con su amigo y

compañero ideológico, el agrónomo y político, Adolfo Matthei.

Ambos descendientes de colonos germanos en el sur de Chile, adscribían las ideas del partido Nacionalsocialista chileno, mientras Otto también trabajaba para el partido Nacionalsocialista alemán.

El pequeño Karl había despertado su comprensión en el juego, pero todavía le quedaba muchas cosas por aprender. Al igual que el gran maestro cubano José Raúl Capablanca, Karl aprendió a jugar al ajedrez mirando a su padre, quien recibía periódicamente la visita de Matthei. Estas visitas de camaradería, consistían en distracción antes de pasar jugar al ajedrez como

a cenar al comedor principal de la casa de la familia Dunken, para luego conversar de sobremesa temas contingencia nacional y mundial.

Eran años convulsionados y relativos a

el partido necesitaba de sus mejores ideas para trabajar en una necesaria transformación política. Alemania, en Chile los Al igual que en militantes del nacionalsocialismo pretendían articular sus redes para llegar al poder y reordenar las sociedades de acuerdo a sus principios ideológicos.

Esta vez, al pequeño Karl le tocó observar el desarrollo de la partida, pues cuando entró a la biblioteca a saludar a su padre, el juego ya había comenzado.

Entonces miró que ambos jugadores habían hecho el enroque del Rey. Tácticamente era siempre una buena jugada, pues al apartar al Rey del centro y protegerlo entre la Torre más cercana, la esquina y el caballo por delante del alfil, el Rey queda resguardado de algún eventual ataque por el centro del tablero.

Observó que cualquier intento de avanzar en el juego por el centro, era impedido por la estructura de peones y Caballo del Rey, quienes lograban levantar en los cuatro escaques centrales un sólido centro de juego.

Claramente, Karl Dunken había entrado el día anterior a la fiebre mental de la obsesión por el ajedrez, y su cerebro en cada partida que observaba analizaba subsiguientes jugadas de manera automática. Por lo que podríamos decir sin miedo a equivocarnos, que por su capacidad cerebral ampliamente demostrada

posteriormente en Europa venciendo al mismísimo Alexander Alekhine, el campeón mundial ruso—francés vigente, estábamos ante un verdadero genio del juego ciencia, quien estaba llamado a ser el mejor jugador del mundo y que por esas cosas del destino, había nacido en Osorno, Chile.

Precocidad que todavía no se manifestada este día en la biblioteca de los Dunken, todavía no había sido instruido completamente. En silencio, mientras jugaba con sus figuritas, observaba las movidas de los mayores, archivando los memorizándolos, sin aparentar movimientos y

estar poniendo atención a las jugadas que realizaban.

Pero en su interior, ambos contrincantes

su cerebro calculaba complejos algoritmos mentales. Varias jugadas en su imaginación. Si me como el peón con el caballo, pensaba, me come el caballo con el peón y así sucesivamente en un profundo océano de cálculos y proyecciones. Océano al cual le encantaba sumergirse.

Y es que al igual que la pasión de los historiadores por los viejos libros y archivos, los ajedrecistas de estirpe, entran en profundó frenesí de concentración al calcular millones de posibles jugadas por segundo y este ejercicio puramente abstracto e imaginativo, es verdaderamente lo que les produce más placer en su vida.

El mismo placer que siente un historiador al enfrentarse a la inmensa maraña de papeles de un archivo, los que representan cada uno, una puerta para mirar en el pasado y entrar en esa gigante espesura del tiempo devorado segundo a segundo por Cronos, pero que puede tomarse y leerse en cualquier papel amarillento. Espesura del tiempo materializada en papel. Tiempo ordenado en un tablero de reyes y peones.

Karl al entrar a la adolescencia adquirió una extraña y erguida manera de caminar. De alguna manera, al avanzar daba un paso sincopado, como que levemente tenía una pausa al dar un paso con la pierna derecha y movía la cabeza sobre el hombro cuando quería. No era un defecto, más bien una manía. Cuando estaba jugando ajedrez, inclinaba levemente la cabeza sobre el hombro derecho, pero siempre manteniendo una postura erguida, caballerosa, cómo los retratos de sus antepasados alemanes, que colgaban en las paredes de la casa familiar en Osorno.

CAPÍTULO 2

BARILOCHE 1994 Durante mi adolescencia vivida en Puerto Montt, viajé dos veranos seguidos a la casa de mis tíos Teresa y Guillermo a la ciudad argentina de San Carlos de Bariloche, que según su traducción del mapudungun, significa; ciudad detrás de las montañas.

El viaje era hermoso, quebradas, lagos de espejos y entre montañas y

bosques húmedos sureños. Era como entrar en un mundo de cuentos, pues Bariloche tiene ese aire en su arquitectura de historia alpina. Eran tiempos difíciles en el Chile de transición a la democracia, pues veníamos desde hacía poco, saliendo de la horrorosa dictadura de Pinochet.

Viajar a Bariloche se transformó en toda una obsesión para mí. A mis 15 años, era el primer mes de vacaciones de verano. Trabajaba como empaque en un supermercado de la costanera de Puerto Montt y durante febrero emprendía mi viaje de descubrimientos a la Patagonia argentina.

Debo confesar que a este país le tengo singular cariño tanto por sus escritores, músicos y futbolistas. He estudiado la influencia de Borges en Cerati, leído a Cortázar y admiro a Spinetta y Piazzolla.

Además, en ese tiempo estaba en descubrimiento de la música del grupo inglés Queen, del que era obsesivo admirador. Obviamente en Argentina, por ser un país donde Queen había tocado en los años ochentas, tenían más discos y libros sobre ellos, que no estaban en mi ciudad natal, Puerto Montt.

Recuerdo con agrado, ir caminando por la central calle Mitre, cerca del Centro Cívico de Bariloche y escuchar el tema *We will rock you*, en unos parlantes gigantes afuera de una disquería. Mi fascinación por el rock, alcanzó un grado de conocimiento mejor del que tenía, gracias al catálogo de esa tienda, aunque para mí en esas fechas, era imposible económicamente tener un equipo con reproductor de CD.

Me conformaba con escuchar viejos casetes en el equipo que mis tíos tenían en su cabaña, a un costado de un hotel donde trabajaban, en una de las avenidas turísticas que conectan la ciudad de Bariloche con el lago Gutiérrez, bordeando el cerro Otto, en la avenida de Los Pioneros.

Al atravesar las montañas, sentía una emoción agradable, de llegar a conocer una ciudad y un país más cosmopolita que mi pequeño Chile sureño, rural y chilote a mucho orgullo.

Esta Argentina tenía muchos ingredientes interesantes para mi curiosidad. Me encantaba ir al museo de la ciudad y observar su gaviota gigante, y aprender sobre la historia de la extinción de los pueblos indígenas australes. Subir los cerros de la ciudad, ya sea en teleférico o caminando con algunos amigos, o ir a la pista de patinaje junto al lago Nahuel Huapi. Tenía varios amigos en Bariloche, a los que visitaba los fines de semana.

A veces salía a caminar solo, a inventar letras de las canciones que escuchaba en las noches. Disfrutaba de pasear por el borde del Nahuel Huapi, mirando las vitrinas de la turística ciudad estilo alpina, con sus enormes Viejos Pascueros o Papá Noé como le llaman los argentinos, aún vestidos después de la más reciente navidad. O sus brujas y duendes de madera en las ferias de los artesanos, idénticos a los que muchos años luego vi en Estrasburgo.

Debo confesar que después de dos décadas, crucé los Alpes en tren desde Alemania hasta Roma, solamente para ver la verdad original de ese paisaje barilocheño, y si, el trabajo de reproducción de las arquitecturas alpinas fue muy bien llevado a cabo en los Andes Patagónicos.

Bariloche tenía ese espíritu alpino europeo, pero con un sincretismo riquísimo en sus toponimias mapuche. Era para mí, entrar en un cuento.

Con mi tío Guillermo, hicimos una especie de trato consuetudinario que, si yo le ayudaba en los deberes del hotel, él me daría algo de dinero, o gestionaría algo en la gerencia, para comprar mi uniforme de colegio que el prusiano Estado de Chile impone a sus alumnos.

El uniformismo fue una de las primeras cosas que me llamó la atención en Chile, debido a la diferencia con Argentina.

Ellos no imponían uniforme a sus niños y lo reemplazaban con un delantal blanco, lo que los transforma en pequeños científicos, que prefiero, lejos a imponer el estúpido uniforme chileno. Lo odiaba. Era lo más injusto para un pobre aspiracional como yo. Debo confesar que tuve serios complejos de pobreza en el colegio donde estudié, y siempre en el chingado uniforme se me notaba.

Durante un año no tuve chaleco azul oscuro. Otro año no tenía mochila. Mis padres hacían lo que podían, por lo que para mí, los pocos pesos que me daba mi tío por ayudarlo en el hotel, valían oro.

La ayuda me la tomé como un trabajo más, y me levantaba temprano para hacer una serie de deberes como cortar el pasto, pintar las canchas de paddle y tenis, reparar constantemente el suministro de agua cuando se cortaba del tanque australiano, arriba del cerro.

En la misma propiedad del hotel, tirábamos árboles del bosque y hacíamos leña. Faena que fue lo que más me gustó, porque como buen sureño, si hay algo que me gusta en la vida es picar leña con hacha.

Me daba la posibilidad de pensar, de estar solo, de ver el paisaje abajo a la distancia, el lago Nahuel Huapi y los majestuosos andes chileno— argentinós. Debe ser un lugar de los más hermosos del planeta. En ese tiempo, mis amigos hacían mate con el agua limpia del mismo lago en la playa.

Un buen día, llegó un auto al hotel que estaba a un costado de la ruta del Faldeo, como le llamaban a la avenida de Los Pioneros, que tenía una vista privilegiada del lago abajo, más allá de las casas estilo alpino.

Mi tío me había dicho que prontamente llegaría el dueño del hotel con todos sus hijos, que eran tres a pasar la temporada. El mayor de los varones era de mi edad, adolescente. Otro más pequeño, era muy conflictivo y estaba entrando en la pubertad. La hermana mayor que era una señorita y trabajaba de modelo, igual que la mamá que ya no vivía con ellos. Todos venían desde Buenos Aires.

Para mí era extraño conocer esta gente rica de la capital. Siempre Buenos Aires fue un lugar lejano, imposible casi de visitar, pues tuvieron que pasar muchos años para que yo después viajara a conocer Buenos Aires, donde conocí a mi ex—esposa y madre de mi hijo.

Cuando se bajaron del auto del papá, parecían todos príncipes. Eran altos y rubios. La hija mayor era jovencita y escultural. El mayor de los hombres era simpático y me invitaba a escuchar al grupo de heavy metal australiano AC/DC en su auto.

Para mí, ver por primera vez un reproductor pequeño de CD tipo walkman y que éste se conectara al auto era todo un artilugio. El chico tenía una caja llena de

CDs y me llamaba la atención como los maltrataba. Esas costumbres son de ricos pensé siempre, este chico no sabe lo que tiene, por eso no lo cuida.

Obviamente todos bonaerense *River Plate* y eran hinchas del club lucían con orgullo sus

camisetas ya sea del club de Núñez o de la selección argentina. En ese tiempo estaba todavía en actividad el futbolista Diego Armando Maradona, el que era todo un ídolo en un país súper futbolizado, cosa que me llamaba poderosamente la atención, porque a mí, siempre me ha gustado mucho el fútbol argentino, y además porque hasta en esa fecha en Chile, no habíamos ganado nada de nada, por lo que éramos la vergüenza futbolística del continente, junto a Venezuela.

Recuerdo orgulloso al más pequeño de los hermanos, mostrar su camiseta con sus 2 estrellas sobre el pecho al hacer un gol, o ganar un punto en el paddle o en el tenis. Era un chico muy competitivo y mal humorado. Yo no comprendía como podía romper con tanta facilidad sus raquetas de tenis contra el suelo de pura rabia por perder un punto. Para mí, era como si ellos vivieran en la abundancia y no se dieran cuenta de cuidar las cosas, sus raquetas o sus discos.

Mi tío Guillermo que en paz descanse, era muy amigo del dueño del hotel, el señor B. Este caballero no tenía la misma forma de ser de los patrones del sur de Chile. Él era extraño, diferente.

Lo encontraba cercano, incluso pasaba a la casa de mi tía que trabajaba en la lavandería del hotel, a tomar mate con ella. Preguntó quién era yo y cuando me vio trabajar, después que mi tía Teresa le contó que yo era su sobrino, le dijo al administrador del hotel de apellido Mayor, que a mí había que pagarme por mis labores. En el fondo el señor B. era un buen hombre.

El señor B. era un tipo más bien sencillo comparado con sus hijos, o con la imagen de gente rica que proyectaban. Un día, mientras ayudaba en hacer una escalera de cemento y piedras, mi tío me pidió que le ayudara a limpiar el bote y lo saque para engancharlo al auto del señor B. porque los 4 iban a hacer su tradicional viaje de pesca, que todos los años hacían con el señor B. y sus hijos varones, pues la chica se quedaba en el hotel con su abuelo y otras gentes que yo no conocía, mientras mi tío, amigo de confianza, a la vez que empleado, los acompañaba y ayudaba.

Anduvieron como 2 semanas fuera, en los lagos Mascardi, Espejo, Gutiérrez y

Nahuel Huapi, pescando y acampando en diferentes lugares idílicos de los lagos del sur de Argentina, incluso a veces cruzaban a Chile y volvían.

A su ausencia, yo me hacía cargo de los llamados del señor Mayor para cambiar una ampolleta en una habitación o reparar el suministro de agua. Con la ayuda de mi primo Cesar que ahora es militar del ejército argentino, y quien en ese tiempo todavía era un niño, nos encargábamos de todo.

El hotel también tenía esa arquitectura alpina de madera y forma de cabaña con los tirantes cruzados por arriba de la fachada y las bases de piedra viva.

Esos días para mí eran tranquilos y felices, de poder estar en el hotel y jugar con mis primos más chicos, conversar con mi tía Teresa y mi tía María en su cabaña.

Ayudé a mi primo mayor a practicar su lectura en las tardes. Después de picar leña, nos sentábamos entre los troncos de un árbol recién derribado hacía unos días por mi tío Guillermo con nuestra ayuda.

Mientras él leía en voz alta, yo escribía poemas que después quemé, porque no tenían ningún valor literario, pero que sirvieron de práctica en el arte de tejer las palabras.

Eran los típicos poemas de desamor de un chico enamorado de una compañera de colegio de diferente clase social. Así lo sentía, y esos paisajes montañosos y canciones de Queen, al final de la vida de Freddie Mercury, que son especialmente intensos y tristes, eran el condimento perfecto para escribir los poemas de un amor imposible.

A mis 15 años nunca había tenido una novia, ni menos me había tomado una cerveza, solo tenía novias imaginarias, del futuro, a las que les contaría algún día mi vida entre los bosques de pinos y arrayanes de Bariloche.

Un buen día, cuando ya el señor B. y su familia se habían ido, mi tío bajó a la cancha de tenis, donde yo estaba trabajando en la pintura de los muros, a hablar conmigo;

[CAPÍTULO 3](#)

CUMPLEAÑOS DEL FÜHRER EN OSORNO, 1936

A partir del año 1934, en Osorno, específicamente en el Club Alemán ubicado

conjuntamente a la Plaza de Armas, se celebraba todos los años que el régimen Nazionalsocialista duró en el poder, el cumpleaños del Führer.

Este año 1936, el Club Alemán de Osorno en conjunto con el Club de Ajedrez de Osorno, presidido Otto Dunken, organizaron una actividad especial para conmemorar los 47 años del Führer. Luego de una ceremonia en la sede del club en calle O'Higgins, se desarrollaría unas partidas de ajedrez a la simultánea con el pequeño Karl de 12 años, quien se enfrentará a 12 tableros a la vez, pero con una interesante novedad.

El pequeño Karl hará soberbia de su inteligencia, al jugar todas las partidas en su mente, de memoria y sin tablero, solamente mirando la pared, lo que en jerga ajedrecística se llama; jugar a la ciega.

El salón principal del club, recibió a los miembros que simpatizaban o derechamente trabajaban para el nazionalsocialismo chileno y alemán.

El salón estaba ornamentado con los arreglos florales y de papelería propios de una fiesta de cumpleaños. Pero además, al costado del salón donde se colocó un pequeño púlpito, sobre un atril de madera, se exhibía un enorme retrato con la figura uniformada del Führer.

Abrió la ceremonia a salón lleno el líder del Partido Nacionalsocialista en el sur de Chile, el ingeniero agrónomo Adolfo Matthei.

—Estimados presentes, todos ustedes descendientes de la patria germana, nacidos en Chile algunos, pero no menos alemanes que los nacidos en Alemania, también aquí presentes.

Nos hemos reunido en el club de nuestro pueblo, aquí en su sede en Osorno, para conmemorar nada menos que el cumpleaños de nuestro Führer; Adolf Hitler.

Este hombre aquí retratado, de origen humilde, pero de profunda inteligencia, merece todo nuestro respeto y admiración. Él con nuestros compañeros del partido nazionalsocialista alemán de los trabajadores, han levantado a Alemania del desastre de lo que fue el Tratado de Versalles, pues los enemigos de nuestra patria, nos obligaron a las peores humillaciones que nuestro orgulloso pueblo soportó jamás.

Este hombre es nuestro Führer, y en él depositamos todas nuestras esperanzas de un país mejor para los alemanes allá en la patria madre, y aquí, en Chile.

Nos ha mostrado el camino a seguir para el desarrollo de nuestros hijos nacidos en tierra austral, pero que tanto se parece en clima y vegetación a nuestro suelo patrio. Este país Chile, está llamado a seguir los pasos de la madre patria germana.

Este hombre en su inmensa inteligencia nos ha mostrado la ideología correcta para ordenar nuestros recursos naturales de forma eficiente, para conseguir una economía abierta, pero que proteja nuestra identidad, porque nosotros los alemanes sabemos que somos los mejores de la historia como raza, pero nuestros enemigos nos han atropellado y barrido el suelo con nosotros, hasta que este hombre, sencillo e inteligente, nos ha traído la luz, nos ha enseñado el camino del desarrollo. —dijo con una copa de Champaña en la mano y continuó;

Alemania ha vuelto a ser grande desde sus orígenes, porque nos han enseñado el valor de la sangre y la tierra. Un hombre que no ama su tierra es un hombre sin espíritu, y si hay algo que nos hace diferentes de los animales es nuestro espíritu. Ya lo dijo el sabio filósofo de nuestra patria Johann Fichte.

Es la lengua un orden superior que nos diferencia a nosotros los alemanes de los bárbaros. En esta tierra llena de bárbaros, es negligente no ver con claridad lo que el destino que estas tierras tenían destinado para nosotros. Fuimos llamados los alemanes a venir a civilizar estas praderas. A convertir los bosques bárbaros en praderas productivas. A enseñarle a trabajar la tierra a esta gente que se dice ser de la tierra, pero que no la trabaja.

No digo que sean flojos, no puedo decir eso que han dicho los españoles de estas gentes que merodean estas tierras del sur de Chile, solo digo que el espíritu de su raza no ve sobre sus cabezas. Hemos sido llamados a civilizar estos territorios, a dotarlos de orden y lógica, porque aquí estimados camaradas, en estas tierras cuando llegaron nuestros padres no había caminos.

Estos bárbaros vivían así en la tierra, descalzos, pues no quiero sonar agresivo con la gente que nos trabaja. Pero hay que ser ciego y sordo de no querer escuchar el llamado que hace la providencia, de ponernos a nosotros en esta tierra fértil, y seguir el espíritu alemán, el orden alemán, el trabajo alemán, en el camino de estos bellos paisajes.

Y este hombre que hoy lo celebramos, porque el culto a la persona es un agradecimiento a su trabajo como nuestro guía. Hoy lo celebramos por todo el

cariño que le tenemos, porque somos orgullosos de ser alemanes.

Este hombre, estimados míos hoy cumple 47 años. Es un honor contarles a ustedes lo que nuestra ideología nazional socialista nos tiene deparado para nuestro futuro. Es nuestro el futuro porque ese, es un elemento indispensable en la cultura de todo alemán, pensar en el futuro, tener un plan, una ideología que nos gobierne, mal o bien, pero que nos muestre el camino. Y el camino es claro para nosotros aquí en el sur de Chile.

El camino, es seguir llevando las riendas de la economía y la política. Trabajar codo a codo con los descendientes de los primeros españoles que, y trajeron la civilización a estas tierras salvajes y producir, no solo una región, un país entero para el bienestar de todos. En eso estimados camaradas, el pueblo indígena de estas tierras, están llamados a trabajar para nosotros en las labores del trabajo pesado. Porque su mermada inteligencia no los hace responsables de sus actos. Somos nosotros los responsables de actuar de buena fe con esta gente y conservarles sus puestos de trabajo en las caballerizas donde son buenos.

En los aserraderos son impecables, aunque a veces se desbandan y se van al monte, luego vuelven a solicitar trabajo nuevamente. Ahí es donde debemos ser honestos, mirarlos a los ojos y explicarles que tal como dice la ideología de nuestro Führer, el destino de las razas y los pueblos es trabajar cada uno en su lugar que le ha otorgado la naturaleza.

Nosotros los alemanes en la política y la economía, en conjunto con los criollos chilenos. Y los trabajadores campesinos, que hablan ese idioma que ni siquiera saben escribir, ellos tendrán su trabajo, en las labores rudas y pesadas que no requieren mayores cálculos y entendimientos, sino en aquellas que les den para un plato de comer y un techo digno, en el interior de nuestros campos aptos para la producción agrícola.

Seremos potencia en la leche y la carne, eso se los aseguro. En el futuro mirarán para atrás y dirán los alemanes lo hicieron de nuevo.

Por hoy día, dejemos que nuestros corazones celebren a nuestro líder, *heil Hitler*, ¡larga vida a Hitler!

Posteriormente a este discurso inaugural del ingeniero Matthei, que fue aclamado y aplaudido por todos los presentes, se procedió a ejecutar unas piezas de música en el salón principal del club.

Luego se desarrollaron las famosas partidas simultaneas, que de mucho orgullo llenaban el corazón de su padre Otto, pues antes era él, el que daba esta gran demostración de inteligencia ajedrecística. Esta vez sería distinto, ahora sería el propio Karl el que ofrecería jugar las partidas simultaneas, contra los alumnos aventajados del Club de Ajedrez de Osorno. Pero esta vez habría una gran diferencia, y es que Karl decidió que las partidas simultaneas, serían en la modalidad a la ciega.

Esto quiere decir que Karl jugaría contra sus compañeros del Club de Ajedrez de Osorno, pero sin mirar los tableros. Para tal efecto, se sentó al pequeño ajedrecista mirando a la pared, sin posibilidad de ver los tableros de sus rivales, los que eran 12.

Sino que cada uno al mover, indicaba la jugada en voz alta en notación algebraica, y el pequeño genio respondía su consiguiente jugada también en voz alta. De esta forma se fueron desarrollando todas las partidas simultáneamente. Por su parte, Karl quiso aprender a jugar a la ciega y retener un número importante de tableros y jugadas en su memoria, pues había leído que el gran maestro cubano, José Raúl Capablanca, desarrollaba al máximo esta técnica, en partidas de ajedrez simultaneas, modalidad a la ciega en todos los lugares que visitaba.

De esta forma, los grandes campeones se financiaban para dedicarse al ajedrez profesional, pues en aquella época no se organizaban suficientes torneos como para vivir de los premios, sino que el ajedrecista profesional, pasaba a ser una especie de rareza en estas exhibiciones del talento y la capacidad de retención memorística, a la que Capablanca le había agregado la dificultad de desarrollarlas sin ver los tableros de sus rivales.

Esta tradición de exhibir el talento de los ajedrecistas que juegan a la ciega y en simultaneas fue tan escasa en esa época, que se desarrolló solo en contados lugares en el mundo y Osorno esta vez iba a ser privilegiado de presenciar lo que sería la última vez que Karl estuviera reunido con todos sus compañeros del Club de Ajedrez.

En el primer tablero, estaba la niña Antonia Bachhuber, única compañera del Club Osorno que tenía una linda amistad con Karl. Esta vez jugó contra 12 tableros incluido su padre, quien era el tablero número 12. Las partidas se dieron de forma normal durante las aperturas. La escena estaba compuesta con cada jugador frente a un tablero en una mesa de 6 tableros y en frente otra mesa con 6 tableros más, en el centro Karl parecía castigado sentado mirando la pared. Le gustaba sentarse en una banca alta para poder tener los pies colgando y jugar con ellos. Se concentraba profundamente para dar todas las instrucciones de las jugadas a un juez que las repetía a los jugadores, quienes anotaban la jugada de

Karl en una hoja, la ejecutaban en el tablero y se quedaban pensando mientras Karl dictaba la jugada para el tablero siguiente.

Comenzó abriendo la partida contra la pequeña Antonia con la jugada del peón del Rey en d4, pues él jugaba con las blancas. Así sucesivamente fue la misma apertura con todos los tableros. A la segunda o tercera jugada las diferencias de movimiento se comienzan a notar entre los diferentes tableros y Karl concentradamente avanzaba mentalmente las imágenes de los tableros imaginados en su cabeza, solamente viendo la pared blanca del salón de té del Club Alemán de Osorno.

Ese día de abril de 1934, durante el cumpleaños 47 de Adolf Hitler, el pequeño Karl se enfrentaba con doce años en una simultánea a ciegas, para dar una excelsa muestra de la inteligencia de los alemanes que vivían en Chile.

—No puedo creer lo que es capaz de hacer su hijo. —le dijo la señora Brigitte, madre de Antonia a Ilse, la madre de Karl.

—Si la verdad es que mi niño es muy inteligente y a la vez muy obsesivo con el ajedrez. En el colegio le va muy bien, pero a veces me da miedo que su cabeza se afiebre tanto en pensar de esa forma. A veces trato de distraerlo, que haga otras cosas, pero insiste. Dice que quiere ser el mejor ajedrecista del mundo. —Y lo va a conseguir, acuérdesse de lo que le digo, ese niño es un genio. —dijo la señora Brigitte comiendo un sabroso Berlín.

CAPÍTULO 4 ERA NAZI —Che, Javier, dejá esa pared así, seguí mañana sobrino. Báñate y cámbiate de ropa que vamos a ir al centro a ver el partido del Boca y River, andá. —me dijo, ayudándome a guardar los tarros de pinturas y las brochas. Ante esa propuesta yo no podía decir que no, pues mi tío sabía que a mí me gustaba mucho el fútbol.

Nos dirigimos al centro ya entrando la noche. Se veía hermosa la ciudad, toda iluminada con los adornos navideños recientes, algunos todavía prendidos. La puerta de piedra viva que se hizo en la entrada del Centro Cívico, le daba un aire más montañero a la ciudad, mientras en el centro, una estatua del general Roca instalada por el gobierno, coronaba la situación.

Era un bello paisaje, aunque yo no sabía en ese tiempo, de la historia de genocidio indígena que cargaba la figura de Roca, esa parte de la historia la vine a saber después, con los años, cuando estudié la historia de la Patagonia. Esa noche mientras íbamos al bar en un taxi con mi tío, era la mejor noche de mi vida.

Entramos al bar oscuro y Guillermo pidió cervezas y pizzas para nosotros. El lugar estaba lleno, en plena calle Mitre, los garzones le habían reservado una mesa para nosotros. Se notaba que lo conocían. Eran amistosos y llamaron un taxi cuando nos fuimos del lugar.

El bar tenía varios televisores con el sonido del partido a todo volumen. A veces, creo que puedo hablar bien el español con acento argentino por las horas y horas que he pasado mirando los partidos del Boca Juniors. Ese día mi tío Guillermo me hizo prometerle que yo, su sobrino preferido, iba a ser de Boca siempre, porque sus 4 hijos eran de *River*.

Él era del Boca, porque ese era el equipo del pueblo me dijo, era como el Colo—Colo de Chile, aunque con más copas.

Boca Junior se transformó en mi club argentino preferido y durante siempre lo he seguido en televisión y en la radio. Incluso una vez fui al Museo de la Pasión Boquense, en el Estadio La Bombonera, en el barrio La Boca, de Buenos Aires. En Chile mi antiguo equipo Universidad Católica dejó de ser mi equipo.

Yo no recuerdo haber elegido a la Universidad Católica, mi papá me obligó a ser de ese club cuando era muy niño y con los años lo dejé de alentar. Me alegra cuando gana, pero para mí, con los años, la Iglesia Católica me ha parecido rancia, mejor digo que soy del Boca.

Además, el barrio de la Boca tiene incidencia directa en mi vida, ya que mi esposa colombiana, la conocí en San Telmo, después que se cambió de hotel, con sus amigos con los que viajaba, pues en un hotel de La Boca, quisieron entrar a su habitación en la noche y forzaron la puerta, pero no pudieron entrar por suerte.

Digamos que La Boca es difícil, y que el hincha de Boca es provocativo a veces. A mí me resulta entretenido. Nunca había vivido algo con tanta pasión, como esa noche cuando con Guillermo vivimos el triunfo del Boca Juniors sobre su rival clásico, *River Plate*. El grito de gol es un grito sagrado que te roba la voz y la garganta en cualquier país.

Mi tío fumaba y fumaba, mientras pedía otra ronda de cervezas para nosotros. Tras la alegría del triunfo, habíamos gritado gol con el alma. Eso tiene el fútbol que hay gente que no entiende. Gracias al fútbol, dos chilenos se sentían integrados a la sociedad argentina. Sentirse integrados te entrega seguridad, alegría, complicidad.

Mi tío estaba a punto de contarme algo que años después, he venido a recordar y atar cabos en la Historia. La gente ya se estaba retirando del bar. Pusieron música más baja y los que se quedaron comenzaron a conversar en las mesas y encender cigarrillos.

El bar estaba muy entretenido, parecía una taberna en tierras germanas, enclavada en el sur de la cordillera de los Andes.

—Ya te quedan pocos días para volver a Puerto Montt che, ¿cómo lo has pasado sobrino? —Me dijo Guillermo abriendo la conversación, que es todo un arte, y hay que aprender a construir. Arte que no todos entienden. Hay gente que no

sabe conversar y corta la conversación, me dijo una vez, mi amigo el poeta Antillanca.

—¡Bien tío, súper contento, me vuelvo a Chile, pero con ganas de volver a la Argentina, salud! — respondí, agregando; —A propósito, me llamó mucho la atención, la amistad que tienen ustedes con el señor B. es una relación extraña para un chileno y su jefe. —Es que Chile hijo querido, los ricos allá se creen la gran cosa y no tienen un mango, pagan mal y te tratan mal. Acá en la Argentina me han tratado bien. Estos tipos tienen una guita que no te imaginas, pero son gente muy sencilla, con muchos problemas también. —Si tío me parecen simpáticos, el más chico no más que me cae mal.

—Si ese pendejo es al pedo viste, pero no hay que hacerlo caso, se ha crecido sin la mamá y el señor B. ha hecho lo que ha podido. A veces hijo, la gente rica no es feliz.

—¿Por qué dices eso tío, que problemas tiene este señor?

—¡Por favor, este señor está lleno de problemas! —yo no quisiera estar en el lugar de él, hijo. —me dijo mi tío, mientras se fumaba otro pucho y se bebía un trago. —¿Vos, vas a tener que prometerme que desde hoy eres hincha del Boca, viste, me lo juras?

—Claro tío, si veo que uno puede ser también en Argentina de otro equipo, diferente al que es de Chile, y ya no me gusta la Universidad Católica y bueno, Boca es Boca.

—Si mirá, el señor B. siempre me ha tenido mucha confianza. Cuando emigramos con tu tía Teresa acá, desde Puerto Montt a Bariloche, con nuestra hija pequeña que es chilena, trabajé en la construcción de su hotel, y nos hicimos amigos, me gané su confianza.

Me ofreció un cargo en su hotel y todos los años salimos a pescar. Yo le informo de todas las movidas que hace el señor Mayor y los otros administradores del hotel. Yo soy sus ojos. Tampoco creas hijo, que el señor B. es tonto. Pero si, me tiene mucha confianza.

—Y mucho cariño, se nota que él los quiere mucho a ustedes. Me dijo que le haga recuerdo al señor Mayor que me tenían que pagar.

—Si boludo, se me había olvidado de eso, mañana mismo hablo con Mayor. No, mirá Mayor se ha portado bien, si vieras como le han robado otros administradores. Si pudiera yo hacer ese trabajo vieras como el hotel sale adelante, pero yo no sé hacer trabajo de papelería, a mí me gusta hacer lo que hago, porque se requiere saber de todo, de albañilería, de paisajismo, de electricidad, y así soy yo, se un poquito de todo, che. No te olvides, hacerme recuerdo mañana que vaya a hablar con el señor Mayor. —Sí tío, porque con esa plata necesito comprarme una chaqueta de colegio. Chilenos de mierda tan

fascistas que sean. Obligan a uno a usar uniforme, y yo veo que aquí los argentinos son más horizontales. —Si boludo no me digas más, mirá que ojalá el señor B. no le quiten el hotel, y me tenga que volver a Chile, es que este caballero tiene muchos problemas.

La mujer lo dejó y está enamorado todavía, mientras ella se fue con otro tipo con más plata. Parece que cuando olió que los negocios del señor B. andaban mal, se buscó otro ahí en el Club de Polo de Buenos Aires y dejó a sus hijos y a su esposo. Esta gente tampoco es feliz hijo, aunque nosotros seamos pobres y de barrios marginales de Chile, ellos, con sus hoteles y empresas tampoco son más felices. El señor B. está lleno de deudas, le han robado mucho, y lleva un enorme ritmo de gastos, tampoco se puede vivir del puro humo.

—Pero, ¿qué el hotel no genera ganancias? ¿si siempre está lleno?

—Sí, pero le han robado mucho y ha hecho malos negocios en Buenos Aires. Se va a meter un Banco a administrar y puede que el señor B. pierda el hotel.

Ahí sí que no sabemos qué podría pasar, así que, con tu tía, estamos viendo la posibilidad de tener una casa en otra parte. A mí me da lástima el señor B.

boludo, el otro día cuando estábamos acampando, los chicos se habían acostado y nosotros nos quedamos a conversar. Al señor B. se le soltó una lágrima cuando me estaba contando sobre las deudas con el banco y sobre su viejo. ¿te acuerdas del viejito que murió el año pasado cuando viniste a Bariloche la primera vez?

—Si tío, me acuerdo muy bien, si tú fuiste a despertarme porque el abuelo B. había muerto. Pero la verdad es que yo solamente lo alcancé a ver una vez, cuando bajó a dar un paseo con la nieta por la cancha de tenis. Nunca más lo vi. Solo una vez. —Pues hijo, el señor B. quedó muy afectado con la muerte de su padre, aunque entre lágrimas me confesó que de alguna manera su muerte lo había aliviado de un temor que lo persiguió toda su vida. El señor B. no quiso contarles a sus hijos este secreto y eso le pesa mucho. No tiene con quien conversar estas cosas. La mujer lo dejó y esta vuelta lo vi muy apesadumbrado.

—Qué lástima, y uno a veces deseando tener la vida de esta gente rica.

—Así es che, a veces la gente rica no es feliz, cuando tiene que llevar pesos en su conciencia que les son inmensos. Mirá que el señor B. me dijo que la muerte de su padre le abrió un recuerdo añejo y doloroso. El señor B. estuvo llorando cuando me contó esto. A él le pesa mucho en su conciencia. Es algo terrible, che.

—¿Qué cosa le pasó tan grave?

—Che no repitas esto, porque es peligroso, pero el señor B. me confidenció, que su padre fue Nazi y se escapó de Alemania junto a otros criminales de guerra pal Argentina.

—¿Y el hotel, entonces lo compraron con el tesoro Nazi?

—No lo sé, pero al señor B. ese dolor lo desgarró por dentro. Esa noche estuvo

llorando, un poco ebrio, estábamos en la fogata cerca de las carpas. El viejito que viste el año pasado, es el papá del señor B., fue un Nazi que escapó después de la guerra al Argentina. CAPÍTULO 5 LA CONSPIRACIÓN Después de esta conversación con mi tío, a los días volví a Chile. Con los años falleció mi tío y el señor B. Mi tía y mis primos debieron salir de la cabaña y no trabajaron más para el hotel. Mis primos crecieron en otro barrio de Bariloche y mis visitas a la Argentina comenzaron a ser más esporádicas.

Después de muchos años crucé la Patagonia en tren entre Bariloche y Viedma. Recorrí la costa atlántica norte, Monte Hermoso, Bahía Blanca. En Mar del Plata visité a un amigo y su familia y recorrí Buenos Aires, Rosario, Córdoba y por Mendoza entré nuevamente a Chile. El tema es que nunca me olvidé de la conversación con mi tío Guillermo, y este tema de los nazis en la Patagonia fue un cuento recurrente.

Constantemente se habla acá en el sur de Chile que vivieron nazis, que un tal Juan Keller, quien vivió en Trumao, era el mismísimo Martín Bormann. Siempre fue un secreto a voces que algo raro ocurría en el sur de ambos países, hasta que se destapó el caso de Erich Priebke y su clandestina vida en Bariloche en los años 90. Siempre hubo rumores sobre los nazis en esta zona del mundo. Habían rumores que los nazis trajeron o mandaron tractores con piezas de oro en el motor, que después enviaban a Alemania.

Rumores de compraban en desuso y los

submarinos alemanes que llegaron al final de la guerra a las costas atlánticas y del Pacífico sur. Con los libros de Abel Basti y Jorge Camarasa salieron muchos documentos a la luz. Demostraron que verdaderamente habían vivido criminales nazis en Chile y Argentina ayudados por los gobiernos de Pinochet y Perón.

Todo esto me llevó a pensar desde muy niño, en que la versión oficial de la historia de la muerte de Hitler y la cúpula nazi era mentira. Nunca imaginé que fuera verdad que Hitler se haya suicidado. ¿Por qué se iba a suicidar un tipo que tenía tanto poder? ¿Dónde estaba su cuerpo?

Lentamente fue creciendo en mí la idea, que los nazis habían escapado al sur y no habían muerto en Alemania con el fin de la guerra. Mientras investigaba la vida del ajedrecista nazi, persistía la idea que detrás de esta guerra había algo más. La teoría de la conspiración tiene muchos elementos a su favor. Con el tiempo fui descubriendo personajes importantes en este caso. ¿qué pasó con las ideas de Karl Haushofer y su posible influencia en el escape de Rudolph Hess al Reino Unido? ¿por qué nunca se ha encontrado el cuerpo de Hitler? ¿si Erich Priebke, Josef Menguele y Klaus Barbie, habían escapado al sur de América, por

qué no habrían podido escapar Hitler y Bormann? ¿si había emigrado von Braun y un gran equipo de científicos y técnicos a EE.UU. y habían trabajado allá en los proyectos espaciales? ¿no era posible también que Hitler haya escapado? ¿qué había detrás de tantos escapes de jefes nazis hacia América? ¿no será posible que existiese un plan desde antes de la guerra, entre los grandes industriales alemanes y estadounidenses, de financiar a Hitler en su campaña política con el fin de desatar una guerra en Europa?

Yo contaba con el testimonio real de mi tío Guillermo y la historia del hotel del señor B. Durante años fue creciendo en mí, mientras estudiaba Historia en la universidad y hacía clases sobre la guerra y además salían y salían más libros sobre el escape de Hitler a la Argentina, la idea de que detrás de toda esa guerra, había un gran complot, que todo era un gran negocio.

Leí libros que mostraban con fuentes, que Hitler había sido financiado por la Ford estadounidense, que la IBM había colaborado, con el censo en Europa el año 1933, para contar a los judíos y saber el número exacto que luego fueron destinados al exterminio.

Ese famoso censo contó 12 millones de judíos y alcanzaron a matar la mitad. ¿pero a quién le convenía exterminar a los judíos? ¿sería solo por razones ideológicas o la ideología sería solo una cortina de humo para ocultar un plan mucho más macabro que ese? ¿qué podría ser más macabro que eso? Bueno, presentar el exterminio judío como un problema racial, cuando en el fondo era un problema económico para ellos, fue una jugada maestra del nazismo doctrinario.

Crear un enemigo real o ficticio, para tener una razón para invadir una cantidad de países y hacer una guerra de carácter impresionante cantidad de total.

Movilizar una

cantidad de soldados y recursos militares que catapulten las economías industriales de EE.UU. y Alemania a niveles estratosféricos, incluso esta última perdiendo la guerra. Claro que el Estado alemán perdió la guerra, pero los industriales alemanes ganaron mucho dinero con esta guerra, mucho.

Con los años tuve la posibilidad de vivir en Alemania, de conocer cómo piensan los alemanes sobre la guerra y el Holocausto. Sobre el escape de los nazis al sur de América. He conversado este tema con mucha gente en Alemania. La verdad

es que nadie, siquiera sospecha lo que he visto en mi vida como investigador.

Para la mayoría de los alemanes, Hitler murió en el bunker. Era un loco, y con su muerte morían todas las posibilidades de que el nazismo vuelva a surgir. Era un alivio para muchos. Por fin se terminaba el infierno de la guerra y todas las vergüenzas a las que fue expuesto el pueblo alemán.

Pero siempre había algo para mí que no encajaba en la historia, alguna nota en el diario, algún libro nuevo de Abel Basti o de otro investigador de este tema como Jorge Camarasa.

En Alemania me entretuve durante una pasantía de investigación en la ciudad de Jena el año 2016, comprando antigüedades nazis en las ferias de las pulgas que se instalaban en Jena y en Berlín. Compré algunas antigüedades, no por su valor ideológico, sino por su valor histórico. Hasta que un buen día, en una feria de las pulgas de Jena, luego de salir a comer a un restaurant de comida china y pasear por los puestos de la feria, encontré un objeto minúsculo, acaso sin importancia. La providencia, la suerte, el destino o quizás qué me habían llevado a él.

Comencé comprando estampillas, chapitas, hasta una calavera de las SS me compré en pocos euros. La verdad es que los alemanes bien poca importancia les dan a todas esas cosas, hasta que, al mismo señor de la feria de las pulgas de Jena, al que ya le había comprado objetos antiguos, volví para comprarle una chapita, de esas que se cuelgan de la solapa.

Para mis amigos historiadores en el sur de Chile, este sería un tesoro, y repito, nunca pensé en comprar estos objetos por un afán ideológico, por que más bien pienso que la ideología nacionalsocialista es una cortina de humo, para tapar perversas intenciones más de fondo. ¿qué mejor forma de tapar la maldad subyacente en los planes de Hitler y compañía, que mostrándose al mundo como un teórico de una ideología de la maldad?

Mostrarse abiertamente criminal, para tener excusa de ejecutar planes criminales, más profundos pero secretos. Total, todo el mundo creería la versión que los EE.UU. fueron los salvadores del mundo, que lucharon en bien de la libertad, contra el nazismo y el comunismo.

Con los años el verdadero rostro de EE.UU. fue revelado ya a fines del siglo XX, específicamente cuando en Chile, trabajó secreta y no tan secretamente EE.UU el derrocamiento del gobierno de Salvador Allende.

Nunca les creí a los EE.UU., así como tampoco le creí a los nazis, ni a los comunistas. Digamos que un chico de Puerto Montt, pobre, cuyo abuelo había trabajado en el gobierno de Allende y había sido torturado y encarcelado, sin podersele demostrar ningún delito, nunca iba a creer en la versión de la historia, presentada por los vencedores.

Con los años se supieron todos los trabajos sucios de EE.UU. en política exterior. Los largos años de abusos y atropellos de los derechos humanos en América Latina y Medio Oriente. ¿por qué EE.UU. iban a ser tan buenos de liberar al mundo del nazismo y del comunismo, y de pronto, en pocos años se iban a convertir en los seres más perversos contra el socialismo de Allende, y su proyecto de nacionalizar los recursos minerales de Chile?

No sé, hay algo en la historia que me huele mal. En un viaje en tren de vuelta desde Roma a Jena, conversé con una señora alemana, muy educada, muy lectora, muy culta si se puede decir esta frase.

Ella no tenía idea de lo que Kissinger había hecho en América Latina, no tenía idea lo que Naomi Klein demostró en libros y documentales, respecto de la doctrina del shock con que fue transformada la economía chilena al neoliberalismo, desde Chicago. Para ella, EE.UU. había salvado a los alemanes, los había salvado del nazismo y el comunismo, les había llevado la democracia y ella me lo dijo, se sentía eternamente agradecida de EE.UU.

¡Qué fácil fue convencer a los alemanes de las bondades de EE. UU! ¡qué bien había funcionado el Plan Marshall y los 13 mil millones de dólares de caridad!

Cuando le expuse lo que yo pensaba de los EE.UU., me miró la señora alemana por sobre sus lentes. ¡Qué ideas tan descabelladas tenía este joven chileno, él no sabe, él no puede saber más que yo, que soy una alemana culta, que lee varios libros al año, las cosas que dice ese señor!

Cuando llegué a la casa de Gregor, mi amigo alemán donde estaba viviendo en Jena, discutí muchas veces sobre estos temas con él, llegando a la misma conclusión de antes; los alemanes se resisten a creer que los han engañado, a ellos les acomoda que Hitler haya muerto en el bunker, es más fácil pensar esa historia. Lo difícil es pensar en el gran complot, leer otras versiones, buscar otras fuentes.

La fuente primaria la tenía en la mano, la acababa de comprar en la feria de

antigüedades de Jena, la casualidad me llevó a encontrar una pieza clave en mi proyecto de investigación del lado oculto del nazismo y su escape hacia América.

Digo la suerte, porque tuve que elegir entre varios objetos, pues el dinero no me alcanzaba para comprarlos todos. Como coleccionista los hubiera comprado pero no podía, aunque algo me decía que debía comprar, pues reconozco que sin ser simpatizante de esa cortina de humo que es para mí el nacionalsocialismo alemán, se siente cierto morbo de coleccionar cosas de la guerra, chapitas, estampillas y cosas históricas.

Llegué a la casa de Gregor y en mi habitación los observé en silencio y soledad. Era como un trofeo que me iba a llevar a Chile, y allá se los iba a mostrar a mis amigos profesores de historia.

Les tomé una foto a todos y cada uno, creo que fue un acto reflejo de un coleccionista amateur. Tampoco pensaba en quedarme en posesión de todos los objetos, con la venta de alguno podía recuperar la plata invertida. Luego los guardé en un lugar seguro y envié las fotos a mis amigos para mostrar mi botín, hasta que extrañamente, descubrí que uno de mis objetos tenía un nombre inscrito. Ahora pienso que quizás no existen las casualidades.

Grande fue mi sorpresa cuando vi el nombre inscrito en la piocha del águila y la esvástica en sus pies. Era un nombre de un alemán y lo busqué en internet. Era la piedra angular que andaba buscando, solo era un nombre, que yo no conocía.

Esa noche, me la pasé en vela leyendo sobre la vida del hombre cuyo nombre estaba inscrito en aquella antigua piocha nazional-socialista.

El nombre del Dr. Fritz Todt, y su derrotero, me dejó consternado. De alguna manera extraña, el destino nos había cruzado en nuestros caminos, porque seguramente, debía contar su historia y el trasfondo que ésta tenía en mis sospechas. Cuando le conté a Gregor todas estas ideas, me dijo, no puede ser. Hitler no tendría por qué mandar a una muerte segura a sus propios hombres. —¿cuáles propios hombres? —le dije.

—A los alemanes, me contestó él. —Gregor, Hitler no era alemán, era austríaco y de origen medio judío. CAPÍTULO 6

JUAN KELLER —Guaxo, caxay que mi vieja tiene una historia bien buena sobre los nazis en el sur de Chile. Ella es de Osorno, del sector de Rahue. —dijo

Eduardo mientras estábamos en su casa los 3 amigos con nuestro compañero el Pianista. Nos gustaba juntarnos después de clases de magister y conversábamos hasta tarde contando historias y compartiendo un trago. —Ya guaxo a ver cuenta. —dijo el Pianista, yo también tengo una historia de los nazis para contar de allá de la zona del Maule donde vengo.

—Ya guaxo, mira, esta historia me la contó mi vieja que está durmiendo ya a esta hora en su pieza allá al lado. Es de cuando ella era niña. Dice que una noche fría de invierno, a esta casa pasó una comitiva bien misteriosa. Antes guaxo, esta calle era el camino de entrada a Osorno viniendo de la costa y era punto obligado de aquellos que llegaban a Osorno para tomar el barco que antes navegaba el río Rahue. —Qué increíble que antes hayan andado barquitos a vapor por el río Rahue, si no hubiese visto las fotos en el Museo Histórico de la ciudad, nunca lo hubiese imaginado. —dije, sirviendo unos tragos de ron con Coca-Cola. La habitación de Eduardo era pequeña y acogedora. Quedaba en el segundo piso de la casa de su madre, por lo que teníamos una vista nocturna de el sector de la ciudad llamado Rahue Bajo. Nos entreteníamos jugando ajedrez y *echando la talla*, como nos gusta decir a los chilenos del sur al referirnos a conversar y reír.

—Mi vieja contó que en los tiempos que ella era niña mi abuelo le trabajó a un alemán llamado Juan Keller. Este alemán es bien misterioso pues cuando se fue, nunca más se supo de él, ni tampoco hay información sobre su lugar de nacimiento. Lo único que se sabe, y esto lo leí en el diario El Ciudadano, es que existe un documento de matrimonio entre Juan Keller y la oficial del registro civil del sector de Trumao, aquí cerca de Osorno. Luego no se supo nada más de él. —Si, yo también leí ese reportaje en El Ciudadano, pero lo raro es que ahora lo busco en internet y ya no está. —dije, sirviéndome un trago.

—Bueno, la cosa es que mi vieja cuenta que llegó una señor alemán, no como los descendientes de alemanes acá que hablan bien castellano y alemán, sino un señor que no hablaba nada de castellano. Llegó con caballos y un par de señores que le ayudaban y unos baúles grandes y pesados. Se comentaba entre los hombres que lo acompañaban y la familia de mis abuelos, que Juan Keller, era en realidad Martín Bormann y que esos cofres estaban llenos de oro. —Si po, yo por lo que supe de este caso, es que Juan Keller fue propietario de un fundo y un aserradero aquí en Trumao. —agregué. Aquí en el sur es bien común encontrar elementos nazis en las ciudades. Yo con mis propios ojos vi en la ciudad de Río Negro, aquí cerca de Osorno, una esvástica de metal en el suelo a manera de tapa de alcantarillado. Ahora, es sabido que la esvástica era el símbolo del Estado alemán, mientras duró el régimen nazi, incluso hay fotos de la bandera nazi en el Colegio Alemán de Osorno y en la feria SAGO. Lo que me llama la atención es

que en Río Negro no hayan sacado esas placas de alcantarilla del suelo, con la enorme carga significativa que eso tiene y haya perdurado hasta después del año 2000.

—Sí, eso es lo que se sabe ahora sobre Juan Keller y todo lo otro también lo sabía, pero yo trato de recordar lo que mi vieja contó hace años sobre este Martín Bormann en específico. Ahora mi mamá ya no está en condiciones de contar nada, porque está ya media *chalada*, pero antes que se enferme, mi vieja contó que esa noche pasó una comitiva a caballo, con dos hombres que lo acompañaban y unos cofres grandes de madera, cerrados, llenos de oro y que se iban pal Argentina por aquí por el paso Puyehue.

—Sí, este paso fue muy transitado por los alemanes que circulaban por ambos países, es un paso chico y puede perfectamente ser manipulada las dos policías para dejar entrar y salir criminales nazis. Al otro lado el paso va a dar al pueblito de Villa La Angostura que tiene salida al Lago Nahuel Huapi y enfrente en el mismo lago se encuentra la ciudad de Bariloche. — dije yo, sirviendo más *copete* en los vasos.

—Según lo que yo leí en los libros de Abel Basti, es que Hitler pasó varias temporadas en una casona construida cerca de Villa La Angostura, en una hacienda de nombre Inalco. Digamos que esa era su residencia principal, aunque los que le han seguido la pista, dicen que Hitler anduvo en Comodoro Rivadavia, en Córdoba, en Paraguay y en Colombia. Que se movía a sus anchas por Sudamérica y que tenía protección de los gobiernos de todos los países y de Estados Unidos a través de la CIA. —dijo el Pianista, quién era el qué más libros sobre el escape de Hitler a Sudamérica había leído y tenía en su biblioteca.

—Entonces, demás que Hitler debe haber estado en Chile, aquí el tránsito entre Bariloche y Osorno es fluido y en Chile hay muchos nazis también. De hecho en el tiempo del presidente Salvador Allende, hubo una gran controversia, porque el presidente, siendo socialista, se negó a extraditar al criminal de guerra Walter Rauff, quién vivió varios años en Chile. Eso está súper documentado. No es novedad que en Chile también habían varios nazis escondidos. — agregué.

—De hecho, eso es lo que quiero contar. —Dijo el Pianista. —De allá de la zona que yo vengo que es Chillán donde nací y Talca donde trabajo, había una gran colonia de alemanes llamada Colonia Dignidad. —Si, también llamada Villa Baviera. —agregó Eduardo.

—Bueno, la cosa es que allí hizo de las suyas un alemán refugiado en Chile, llamado Paul Schäfer. Este criminal fue violador, torturador y abusó de muchos niños y jóvenes que vivían en esta villa. De hecho existe una película sobre los atropellos que se cometió allí que se llama Colonia o Colonia Dignidad. —Sí,

esa película es alemana. —agregó Eduardo. —Entonces hay mucha evidencia de presencia de alemanes nazis en Chile, y lo más raro que quería contar, es que justo enfrente de Colonia Dignidad, en la costa en el sector de ???, se encontró un submarino alemán anclado al fondo marino y nadie sabe quiénes llegaron allí ni qué traían, ni dónde están ahora. Obviamente que esa gente llegó y se refugió en Colonia Dignidad.

CAPÍTULO 7

ANTIGÜEDAD DE FRITZ TODT —Oye guaxo, esa foto que me enviaste de las antigüedades que compraste, la cagaron wn. —Si guaxo, pero compré un par de antigüedades de la ideología nazi y de la ideología comunista, no me vayan a culpar de nazi o de comunista.

—Oye guaxo y viste bien la foto de la piocha del Águila Imperial que en sus pies tiene una esvástica?

—No guaxo.

—Mira; dice Dr. Fritz Todt. ¿Quién será él?

—a ver guaxo, miremos en internet. aquí tengo el compu encendido, estoy en el escritorio de Gregor, mirando el edificio del paquete de galletas y la Luther Platz.

—¿A guaxo, en Jena también hay una Luther Platz? —Si guaxo, me imagino que en todas las ciudades alemanas hay una Luther Platz. Mira, escucha. Fritz Todt fue un ingeniero nazi, constructor de las famosas *Autobahn*. Después de una fuerte discusión con Hitler de la que fue testigo Albert Speer según sus memorias, su avión explotó en pleno vuelo de vuelta a Berín después de no llegar a acuerdo con Hitler en Polonia sobre la planificación de la campaña de invasión a la URSS. Su muerte nunca ha sido aclarada. Jue guaxo, este loco es súper importante en la historia que estoy escribiendo.

—¿Y qué decías tu guaxo, que tuviste como un presentimiento de comprar esa antigüedad?

—Si guaxo, fue reloco, mira yo iba caminando y crucé la Luther Platz para ir a comer donde los chinos, esos que quedan por allá por Jena West. E iba por la calle del tranvía, cuando de pronto pensé; No será bueno comprar alguna antigüedad, quizás en el futuro, me sirva alguna para hacer clases. Debe ser interesante tener alguna reliquia histórica para mostrarle a los alumnos.

—Jue guaxo, entonces podríamos decir que Fritz Todt se comunicó contigo desde el más allá para que escogieras su recuerdo y escribas sobre él.

—Jue guaxo, tu sí que tienes buena imaginación. Bueno la cosa es que volví sobre mis pasos, cosa que yo nunca hago, pues una vez leí que los mapuche no

volvían nunca, y retorné a la feria libre que estaba en la Luther Platz.

—¿Y qué cosas más había?

—Habían timbre, estampillas, papelería antigua de alguna oficina y muchas piochas, medallas, billetes, monedas, había mucha cosa de la Democrática y de la Alemania Nazi. Alemania Entonces

compré, la piocha del Águila Imperial, una calavera de esas que van en la gorra de los SS, y del comunismo compré una medalla de Lenin y Marx, y unas banderitas de la Alemania Democrática con el compas en el centro a modo de piocha. Habré gastado unos 30 o 40 euros.

—Jue guaxo, que interesante se está volviendo tu viaje a Alemania, mira todas las cosas que vas descubriendo. Ya te dejo, aquí es súper tarde. —Me dijo mi amigo José Miguel Ramos, apodado el pianista, quién desde Chile me había llamado por WhatsApp.

CAPÍTULO 8

ALEXANDRE ALEKHINE

En Praga, el año 1942, tuvo la oportunidad de una revancha contra Alekhine, el legendario ajedrecista número uno del mundo. Mientras se desarrollaban los acontecimientos, Karl siempre vio a Alekhine con un aura de genialidad.

Pareciera estar frente a un ser humano que trasciende su cuerpo. Alekhine era una leyenda y gracias a que Max Euwe no pudo viajar desde Holanda a Praga por razones de salud, recibió una llamada en la mañana. Por la tarde, ya estaba arriba del tren en dirección a Praga.

De familia noble, Alekhine nació en la Rusia zarista donde su abuelo era un rico terrateniente, perteneciente a las clases acomodadas de Moscú.

Su padre, era miembro de la Duma imperial de Rusia en los tiempos del Zar Nicolás II, por lo que era considerado un burgués por los comunistas bolcheviques y además su madre, era hija de empresarios textiles, lo que hacían que Alekhine sobreviviera a las expropiaciones que el comunismo realizó en las propiedades de su familia, utilizando inteligentemente su talento para el ajedrez para vivir en la Europa ocupada por los nazis, con pasaporte francés.

De todos era sabido, la poca simpatía que Alekhine tenía hacia el comunismo bolchevique y no le importaba escribir a favor del nazismo alemán. Algo que le permitía ganar dinero jugando en el circuito europeo y llevar una vida solamente

dedicada al ajedrez y a su otra pasión, la bebida.

No podemos decir que Alekhine haya sido un nazi, pero él durante el tiempo de la guerra prefería vivir entre alemanes y franceses en la ocupación, que en la Rusia de Stalin.

Cuentan los rumores que Alekhine fue visitado por el mismísimo León Trotsky en 1919, en su celda después de la Revolución de Octubre, pues por su condición de hijo de terratenientes y ricos empresarios, estaba preso.

Alekhine estaba sentado en esa celda tan estrecha. Tenía una forma circular, pues quedaba al final de un pasillo en uno de los laberintos de calabozos que había en el palacio que fueron ocupados con prisiones mientras se organizaba el gobierno de Lenin. Las paredes húmedas estaban hechas de pequeños y gastados ladrillos cobrizos. Derruidos y agrietados los ladrillos, las celdas igualmente cumplían su función de tener al genial ajedrecista privado de libertad.

De pronto, entró León Trotsky al pasillo y pidió al centinela que lo llevara donde el legendario ajedrecista Alexander Alekhine.

—Vengo en son de paz, a darle una última oportunidad maestro. —dijo el joven Trotsky y se paró frente a la celda en el húmedo calabozo zarista, ahora usado por los bolcheviques.

—¿Quién es usted? —dijo el joven Alekhine levantando la cabeza y saliendo de su concentración. —Mi nombre es León Trotsky.

—¿Me puede decir que es lo que he hecho para estar en prisión? —dijo enojado Alekhine, reconociendo al líder bolchevique, que tenía fama de ser un hombre sensato y que seguramente lo quería ayudar, por lo que había que expresarle todas las molestias ocasionadas.

—Personalmente pienso que usted no es culpable de nada señor Alekhine, pero la Revolución dice... —¿La Revolución dice que yo soy culpable por ser parte de una familia con riquezas? Eso es lo que dice y yo no entiendo, estimado caballero que esa sea mi culpa. —dijo muy ofuscado Alekhine, mientras Trotsky lo desataba para llevarlo a la entrada del calabozo, al final del pasillo que pasaba por afuera de su celda, apenas iluminado.

En el rincón, los guardias tenían una pequeña mesa para comer. Se sentaron frente a frente el legendario revolucionario y el gran maestro del ajedrez, dos de las mentes más poderosas de la fría Rusia.

—Mire señor Alexander, no puedo ponerlo en libertad ahora mismo, pero lo

puedo venir a visitar y asegurarle que no lo van a fusilar próximamente. Voy a tratar de sacarlo de aquí, pero usted debe tener un plan, no debemos levantar ninguna duda sobre su salida, usted debe ofrecerse a trabajar libremente para el Estado Bolchevique, yo no quiero que usted muera. Pienso que con su talento para el ajedrez y los idiomas, usted puede ser muy útil para la Revolución. Mientras lo conversamos, me gustaría jugar una partida con usted.

—Muy bien, muchas gracias estimado, no me queda otra jugada que confiar en usted. Aquí encerrado estoy en un permanente jaque, paso mis días jugando ajedrez en mi cabeza, entiendo todo lo que usted me dice. —respondió Alekhine ya más calmado, comprendiendo que como personaje público era importante, además de ser valiosa su capacidad de hablar inglés, alemán y francés además del ruso nativo.

De este modo, se cuenta entre pasillos, que al poco tiempo Alekhine logró salir de la cárcel y trabajar como traductor para el Estado Bolchevique. Descontento con su trabajo de traductor, decidió casarse con una mujer francesa mayor que él, millonaria y fanática del mundo del ajedrez. Emigró a Francia donde solicitó asilo político y luego la nacionalidad, campeonato por el solo hecho de jugar el

del mundo representando al Reino Franco.

De esta forma, pasados los años bajo el control nazi de Europa, hoy, un día de 1942, en Praga, antiguo territorio checoslovaco, hoy territorio del imperio nazi alemán, Karl, tendría su revancha. Alekhine se sentó y acomodó la silla frente a Karl, quien acomodó el reloj junto al tablero. La partida se desarrollaría como parte del torneo que los alemanes organizaron en Praga durante su ocupación de Checoslovaquia.

Cuando se enfrentaron en Buenos Aires, recordemos que Alekhine se impuso sobre el joven Karl, quien neurótico cómo era, en su obsesión por mejorar y ser el mejor del mundo ajedrecístico, se sintió motivado por estudiar más teoría durante el viaje en barco desde Buenos Aires hasta Hamburgo y buscar tener la oportunidad de volver a tener una revancha.

Karl era de esos jugadores obstinados que, al perder una partida, en vez de deprimirse y llorar, se llenaba de ira y rabia, pero rápidamente se concentraba en analizar la partida perdida, hasta encontrar el momento en que jugó mal y

repasar nuevamente movimiento tras movimiento en su cabeza, quizás mientras se bañaba o camino de vuelta a su casa o soñando.

Muchas veces y desde sus años de infancia se había despertado después de haber encontrado en sueños la solución a un problema ajedrecístico. Su cerebro era una súper máquina que nunca dejaba de pensar, como la de muchos grandes maestros del deporte ciencia.

Alekhine se arregló la corbata y el traje que elegantemente vestía y observó la iluminación de los salones del palacio, donde se llevaba a cabo el torneo. Su presencia como número uno del mundo y jugador de elite, le daban una fama de la que era difícil abstraerse para jugar ajedrez.

Esto sumado a su agitada vida nocturna, hacían de Alekhine un fenómeno de la inteligencia humana. Hacía rato que había superado los 50 años, pero su capacidad parecía que nunca iba a sucumbir a la edad. Siempre podía jugar más fuerte y esta no iba a ser la ocasión, pues se mantuvo con Capablanca y el Dr. Euwe, en el top five durante los últimos diez años en los torneos mundiales, pero él era el número uno vigente y posteriormente moriría en posesión del título.

La muerte de Capablanca lo había dejado de alguna manera solo e intranquilo, pues para él, su verdadero rival a vencer en vida, fue Capablanca. El Dr. Euwe también era un digno rival, pero era más joven. El rival a derrotar para Alekhine antes de ser número uno del mundo y su rival histórico era Capablanca y ahora el gran maestro cubano había muerto recientemente. Por lo que de alguna rara manera, lo extrañaba.

Karl lo saludó y Alekhine le habló en perfecto alemán con acento ruso; —Jugaste muy bien la última vez en Buenos Aires. — le dijo. Lo que para Klaus fue todo un orgullo y le sirvió para levantar su ánimo. —Muchas gracias. —respondió él. — pero perdí. —Lo que pasa es que Buenos Aires me trae buena suerte. —dijo Alekhine sonriendo. El mal genio podía ser muy simpático cuando se lo propusiera.

Era de esos *gentleman* que siempre son muy educados, por más cocteles que se bebiera, siempre era más listo y su peinado a la gomina nunca se desordenaba de su blanca y afeitada cara.

Al llegar el juez del match, revisó los relojes, miró las hojas de notas y de este modo certificó la mesa. En el momento que el *Reichprotektor* de la ocupación

alemana, el mismísimo carnicero de Praga, Reinhard Heydrich pidió la palabra desde el pequeño escenario que tenía el salón de no más de un peldaño de altura. —Señoras y señores, presentes, hoy nos honra con su visita el Dr. Alexander Alekhine, campeón del mundo de ajedrez vigente, lo que le da un peso mundial a nuestro torneo. Tenemos presente a los mejores ajedrecistas del momento. Es un honor por lo tanto saludar al Dr. Alekhine y a su contrincante alemán, el joven prodigio de nuestro ajedrez nazionalsocialista, el señor Karl Dunken de quién he escuchado muy buenos comentarios. —dijo Heydrich y tras un cerrado aplauso, el torneo se dio por comenzado.

Era un torneo por equipos, en el cual se dividen los ajedrecistas en equipos de 4 tableros, donde el jugador más fuerte del equipo es el número 1 y así hasta el 4. Lo que no necesariamente siempre se cumplía. A veces por táctica el 4 podía ser el mejor, dependiendo de la distribución de jugadores de los otros equipos. Las partidas en este torneo de Praga, se jugaban en un palacio en los salones del tercer piso.

En estos torneos, todos los funcionarios reales trabajaban repartiendo bebidas y comida, que se repartían en mesas en los amplios pasillos, entre los salones adornados con grandes lámparas de lágrimas y barrocas pinturas.

Las partidas podían ser vistas por los asistentes en completo silencio y siempre los invitados llegaban por medio de invitación formal y escrita, lo que hacía de los torneos en el mundo del ajedrez todo un acontecimiento oligárquicas.

Los grandes social, de características

ajedrecistas generalmente se codeaban con la política y los asuntos de Estado y frecuentaban reuniones con diplomáticos, académicos y empresarios.

Para Karl era muy importante ganar esta partida. Él nunca podría darse el lujo de perder dos veces con el mismo ajedrecista, eso nunca había ocurrido y no le podía ocurrir.

CAPÍTULO 9

PRIMERA CARTA DESDE OSORNO

Purranque 1942

Estimado Karl

Te escribo esta carta esperando hayas llegado bien a Alemania. Me conseguí tu

dirección en Hamburgo con mi tía que trabaja en la casa del señor Adolfo Matthei en Osorno. Él se escribe con tu padre por lo que gracias a ella pude saber tu nueva dirección.

Te cuento que mi madre quedó sin trabajo después que ustedes se fueron, y mi familia sufrió mucho esa falta de dinero que aunque era poco, alcanzaba para ayudar en mi casa, ya que tu sabes, mi padre es alcohólico y nunca tiene trabajo.

Pero el motivo de esta carta no es contarte las penurias de mi familia. Sino para pedirte ayuda sobre las cosas que nos están pasando.

La verdad es que no entiendo por qué los alemanes, que ya tienen mucha tierra y dinero, quieren más y quieren quitarnos nuestras tierras a los mapuche. Hace unos días ocurrió algo que me avergüenza, porque yo como campesina, pienso que la solución a nuestros problemas no es la violencia.

Lamentablemente ocurrió, que un día del año pasado, llegaron a nuestra casa un grupo de alemanes de esos familiares tuyos, o no sé si son familiares tuyos o no, pero llegaron los Fuchslocher en sus caballos y trajeron una yunta de bueyes, y nos amenazaron que nos fuéramos de nuestras tierras, donde mi familia ha vivido desde siempre, en Purranque al interior, cerca de Osorno.

Dispararon al aire y nos mostraron unos papeles, que dicen ellos son sus títulos de propiedad de estas tierras, redactados y firmados por las autoridades de Chile desde Santiago. Señores que nunca hemos visto por acá.

Luego mi padre se enojó mucho y le dijo una serie de palabrotas en mapuche y en español.

Entonces ellos precedidos por el señor gordo ese de apellido Epple, le pegaron hasta que se cansaron. Nosotras con mi hermana no pudimos hacer nada y mi mamá nos dijo que nos vayamos donde mi abuela. Luego enlazaron los bueyes al palo central de nuestra casa que más que casa es una ruca.

Y procedieron a tirar nuestras pocas al suelo. Los bueyes avanzaron y dejaron todo tirado, nuestros cueros, nuestros metawes, todo se rompió.

Luego echaron petróleo sobre nuestras pocas cosas y le echaron fuego. Mataron a balazos a nuestros perros y se llevaron nuestros chanchos y ovejas. Lo poquito que con mi mamá habíamos criado con tanto esfuerzo.

Si tu pudieras querido mío ayudarnos desde allá en Hamburgo y hablaras con tu padre para que interceda aquí con el señor Matthei y nos devuelvan nuestras tierras. Nosotros somos gente de paz y tú lo sabes. Nunca le hemos hecho daño a los alemanes ni a los chilenos. Solamente hemos trabajado en sus tierra y en sus casas. Tierras que antes eran nuestras. Qué extraño suena decirles sus tierras si todas esas tierras eran de mi gente. Nosotros los Calfunao lo hemos perdido todo.

Estamos viviendo donde nuestra abuela y muchos días no tenemos qué comer. Escasea la harina y la sal pues somos muchos y es poco lo que logramos vender en la feria de Rahue, cuando podemos llevar alguna gallina o unos huevos para allá.

Atrás quedaron los días en que me enseñabas a jugar ajedrez en el pasillo de tu casa a escondidas de tu madre. Nunca comprendí por qué ella nos odiaba tanto. Qué le hicimos? Qué le hice yo para que no me dejara jugar contigo si éramos unos niños? Cómo puede alguien negarle a un niño jugar con otro niño porque sea pobre y más encima decir que se es cristiano?

Seguramente alguna vez nos vio cuando yo te daba un beso. Pero cómo no quererte amor mío si nunca pude comprender porque me gustaban tanto tus ojos azules? Tu decías que mis ojos negros también eran hermosos, pero qué puede tener de hermoso los ojos de una india pobre como yo?

Atrás quedaron los días en que paseábamos por la orilla del río Damas y tu me decías que nunca ibas a cambiar. Después cambiaste tanto Karl, con eso del nazionalsocialismo que nunca comprendí qué es? ¿Cómo puede ser posible que las ideas hagan cambiar tanto a un niño tan dulce como eras tú?

Cuando entraste al partido y comenzaste a ganarles a todos en el ajedrez yo estaba tan orgullosa se ti. Pero te pusiste distante, comenzaste a mirarme feo y a no querer hablar.

¿Qué te hicieron esas ideas mi querido? Cómo fue posible que mi mejor amigo de la infancia, mi primer amor, después me haya mirado como si estuviera sucia. ¿Como si yo no valiera? ¿Como si mi piel morena estuviera con tierra?

Recuerdas aquellas tardes en que soñábamos que algún día viajaríamos juntos más allá del mar? Que nadaríamos juntos entre los delfines. ¿Cómo son los delfines? ¿Viste alguno en tu viaje en barco? Cómo es Europa? Me imagino los

edificios grandes y las calles limpias, sin caca de caballo como las calles polvorrientas de Osorno y Purranque.

Me imagino a los alemanes todo bien vestidos, distinguidos caballeros. Siempre iluminando tenuemente sus grandes casas. Siempre me llamó la atención el gusto de los alemanes por la música. ¿Ya fuiste a ver algún concierto? A cuantos les has ganado en el ajedrez? Espero que seas feliz mi querido duende rubio. Ayúdanos que te necesitamos más que nunca. Habla con tu papá. Te necesito. Siempre tuya.

Fresia

CAPÍTULO 10

CUIDADADO CON LA IDEOLOGÍA A Karl le correspondieron las negras y Alekhine las blancas, lo que le daba una cierta seguridad, pues al jugar con negras se sentía obligado a observar más que a atacar, aunque su instinto natural era atacar.

En frente estaba la personificación del rey del mundo del ajedrez, Alexander Alekhine. Hacía soberbia sobre sus capacidades, que muchas veces fueron molestas para los organizadores de los torneos.

Bebía y se jactaba de su corona y su imbatibilidad al punto que llegaba a caer mal. Con un ego desmesurado y una gran habilidad para dejar contento a los nazis, vivió días de gloria entre la *socialité* alemana durante los años de la ocupación europea.

Esta partida contra aquel jovencito al que derrotó en Buenos Aires, serían una partida más de tantas y tan legendarias. Alekhine había elevado el ajedrez a la categoría de arte. Cuando jugaba podía sentir el fluir del tiempo, dijo una vez.

La partida comenzó con un gambito de dama que Karl supo continuar muy bien con negras, por lo que tuvo un desarrollo normal hasta que, en la quinta jugada, Karl no aguantó las ganas de pasar al ataque y colocó su alfil en b4, lo que era una jugada muy arriesgada como elegante.

Alekhine se puso atento a mirar con respeto a este muchacho, que desde Buenos Aires y en cuestión de meses había progresado mucho. Era evidente que había estudiado todos los gambitos y se había actualizado de lo que se estaba jugando en Europa al pasar por Buenos Aires, y llevarse las revistas regaladas por el

Gran Maestro Roberto Grau.

Esta jugada lógicamente permitió el desarrollo de todo el flanco de reina de las blancas por parte de Alekhine, produciéndose combinaciones de defensa para repeler el ataque combinado de alfil y reina que Karl le estaba descargando, pero el campeón del mundo supo reubicarse y Karl tuvo que rearmarse haciendo su enroque corto en la jugada número 13.

A esta altura la partida estaba pareja, pero si miramos con atención el tablero, el flanco de dama de las blancas parecía tener un mayor desarrollo. Ahora bien, Alekhine tomó la iniciativa y comenzó un potente intercambio de material en el flanco de dama de las negras, hasta que en la jugada número 30, parecía que Karl estaba acorralado en su enroque y la otra torre, en el otro extremo del tablero con un solo detalle, la diagonal negra estaba tomada por su alfil y su reina dominaba el centro sin peones.

Cualquiera en esta situación contra Alekhine hubiera perdido y más si no olvidamos que Klaus en este momento solo tenía 15 años. Todavía era un niño, que no frecuentaba los barrios del puerto de Hamburgo.

Karl nunca había bebido alcohol, su cerebro estaba limpio. No corría ninguna sustancia ilícita por su cuerpo, pues era solo un adolescente. Obviamente para los nazionalsocialistas, la hombría era todo un tema de identidad, y Klaus era tratado como un hombre, pero fuera del ajedrez era un niño que no había tenido ningún tipo de experiencia en la vida aparte de jugar ajedrez.

Pero la vida no era el ajedrez y en el tablero, Karl a partir de la jugada 30 movió su caballo negro por el centro del tablero y comenzó a hacer una *razzia* sobre el material enemigo y en dos jugadas su caballo defensivo, pasó a un ataque furtivo contra el alfil defensivo de las blancas y lo capturó, lo que obligó al campeón mundial a ir tras ese alfil y Karl en una jugada maestra, colocó su torre que estaba sola por allá lejos del Rey en su última columna, trasladándola a la diagonal abajo en la esquina del flanco de reina de las blancas.

Esa jugada, fue el preciso momento en que el destino se bifurcó en contra de Alekhine. El haber perdido con un chico de quince años no era nada, pero era un signo de la decadencia en la que el campeón del mundo iba a entrar en este preciso momento. Podríamos definir esta jugada como el momento cuántico en que Karl toma la torre, atraviesa el tablero y la deja en la diagonal. Solo

milésimas de segundo en el que todo el mundo de Alekhine se derrumba delante de sus ojos, por tan solo una jugada.

Cuando Alekhine ve que la torre se posiciona en su diagonal y le produce un jaque tapado por su torre propia, sabe que esa torre es su última defensa. Hasta ahora la guerra y el ajedrez iban bien para él y para los nazis. Estos pagaban grandes sumas por torneo y la guerra iba adelante sin contratiempos, era algo lejano, allá en Rusia, ¿de qué habría de preocuparse? Todo el mundo estaba contagiado de ese espíritu triunfalista, y los billetes nazis eran tan buenos y en abundancia que pagaban todos los favores y elixires que el cuerpo pueda resistir en Praga, la ciudad de los palacios y el placer, de las bellas mujeres y las joyas.

Alekhine miró alrededor y vio al otro lado del salón, al perfectamente peinado Carnicero de Praga, vestido en su uniforme Hugo Boss, era más que un líder de la ocupación nazi en Praga. Había convertido a Checoslovaquia en el protectorado de Moravia y Bohemia, un modelo de liderazgo nazionalsocialista, quien bebía elegantemente y conversaba con los asistentes al torneo. ¿qué ira a decir el señor *Reichprotektor* Heinhard Haydrich aquí presente cuando se entere que este niño de 15 años frente a él, le había ganado al número uno del mundo?

Esa torre era lo único que le quedaba para defender esta próspera escena, que no era más que la teatralidad ficticia de la realidad, creada por los nazis, un invento del egocentrismo humano avalado por la técnica de la industrialización de la guerra. Este torneo era solo la propaganda ideológica, que intentaron llevar al límite, vinculando a Alekhine con unos escritos donde supuestamente se analizaban partidas de grandes maestros judíos como Emmanuel Lasker y Wilhelm Steinitz, relacionando sus estilos de juego, con una supuesta inclinación de la raza judía a jugar de forma defensiva, yendo contra la esencia del ajedrez, según el autor, que era el ataque, representado por los jugadores nazis.

Esta estupidez, posteriormente fue atribuida a Alekhine, cosa que él nunca se preocupó de desmentir, por lo menos mientras duró la ocupación nazi de Europa y esto después lo pagó caro.

Una vez que la Alemania derrotada entregó la Francia de Vichi, fue acusado en Francia de haber sido colaboracionista, por lo que no lo habrían de invitar a ningún otro torneo grande, viviendo la vergüenza de perder la invitación al torneo de Londres de 1946, lo que acabó con su voluntad de vivir. Se dice que se atoró con un trozo de carne en marzo de 1946, pero la vergüenza de convertirse

en una especie de traidor acabó con su persona.

Incluso en la Federación Internacional de ajedrez, se levantaron voces para quitarle la corona mundial, acusándolo de colaboracionista a favor de los nazis, pero él nunca se detrajo tampoco en Francia, y huyó a la España de Franco y luego a Portugal.

Se volvió alcohólico, y ya no fue ese lúcido y ganador genio, que parecía imbatible este día de junio de 1942 en Praga. Terminó viviendo cada vez en hoteles más baratos de Madrid y Lisboa, cada vez más lejos de la Rusia Soviética que estaba siempre oliéndole los pasos, viviendo de las partidas simultaneas tras su fama, mientras se organizaban partidas para disputarle el título del mundo, que nunca llegaron. Quizás el dinero de la defensa del título del mundo contra Mikhail Botvinnik lo levantaría económicamente, pero esta partida nunca ocurrió. Su estado de ánimo estaba en el suelo, perdió partidas increíbles con jugadores regulares en España y Portugal, se convertiría en un rey sin reino ni dinero. Alcohólico y solitario. El fin de la guerra y la derrota nazi lo dejaron muy mal de carácter. Era como si ser número uno del mundo no fuera suficiente contra la maquinaria bolchevique y siempre tuviera que alejarse más de Rusia, pero Europa terminaba en Portugal, más allá no había futuro para él.

El final de la partida fue solo alargar la agonía de esa única torre que lo separaba del fin. Todo fue un trámite hasta que abandonó en la jugada número 69, y Karl pudo sentirse ganador.

Si bien era cierto que este no era el campeonato individual en que estuviese en juego la corona mundial, era una prueba de su enorme talento ya a los 15 años, para Alekhine era un golpe a su ego y para Karl un tesoro a su ánimo, pues acababa de derrotar al mismísimo número uno del mundo, al gran Alexandre Alekhine en persona, y vaya que en el futuro iba a necesitar ese impulso de ánimo en su vida, específicamente después de los bombardeos al puerto de Hamburgo, que comenzarían en cualquier momento.

Cabe recordar que en estos momentos de 1942. Karl nunca había escuchado hablar de los campos de concentración ni de la verdad sobre lo que le estaban haciendo a los judíos, gitanos y otras minorías, en plena ocupación europea. En esa época de triunfalismos nazis, esas cosas un niño de 15 años no las sabía, ni la mayoría de la gente común y corriente alemana. Esta guerra sería muy dura también para aquellos alemanes que no simpatizaban con los nazis y se enteraron

de las atrocidades cometidas recién hasta en 1945 después del fin de la guerra.

Alekhine le dio la mano al muchacho, como regularmente se estila entre los jugadores de ajedrez cuando estipulan el final de una partida. Se acercaron los familiares de Karl a saludarlo y Alekhine fue invitado a la mesa del *Reichprotektor* a comer. Estaba cansado y necesitaba un buen whisky con hielo.

Heydrich envió a traer a Karl apenas supo que Alekhine había perdido. Mientras Alekhine se acomodaba en la mesa llegó el sonriente Karl. Orgulloso de haberle ganado al campeón del mundo. Fue invitado a comer en la mesa del mismísimo *Reichprotektor*. Heydrich comenzó la conversación. —¿Cómo ve el futuro de nuestro joven Karl, estimado campeón?

—Este chico ha jugado una excelente partida, lo felicito jovencito, usted es muy talentoso.

—Muchas gracias, estimado Dr. Alexander Alekhine, es siempre un honor para mí jugar contra usted, había sido mi sueño de infancia, estimado señor. —dijo muy respetuosamente el joven ajedrecista.

—Este chico, —agregó Alekhine. —Si sigue así y se prepara continuamente, puede llegar a ser el futuro campeón del mundo.

—¡Un campeón del mundo nazional-socialista de raza aria sería estupendo! —dijo Heydrich levantando su copa y haciendo un brindis. Era un momento de gloria para Karl. Por momentos no podía creer estar en la misma mesa, cenando él un chico de 15 años nacido en Chile, con el *Reichprotektor* de Bohemia y Moravia, y con el ajedrecista campeón del mundo. —¡Qué consejo le daría a nuestro futuro campeón! —dijo Heydrich.

—En algún momento luego de la cena podríamos conversar de aburridas tácticas ajedrecísticas, dijo Alekhine, para conformar al *Reichprotektor*, pero luego se apresuró a decir, que Karl ya prácticamente se había formado y tenía el nivel de un gran maestro. A veces, las expectativas de muchos, son un peso demasiado grande para llevar sobre los hombros de un solo hombre. —Dijo a Karl mirándolo a los ojos. Que obtener el número uno del mundo sea tu voluntad, tu entereza para levantarte todos los días y estudiar y estudiar ajedrez, pero que no sea tampoco una razón para que te destruya la vida, ten cuidado con eso. —Le dijo.

—Muchas gracias señor, por sus sabias palabras. —El maestro sabe de lo que le habla estimado jovencito, ponga atención a esas sabias palabras. —dijo Heydrich.

La conversación cambió de rumbo y luego de terminada la cena, Alekhine le

quiso dedicar un último momento de conversación al joven Karl que ya pronto se debía ir a dormir.

—Me gustaría discutir la partida con usted. — le dijo el maestro al joven ajedrecista y salieron al balcón del salón, mientras circulaban meseros e invitados. La familia de Karl estaba reunida al otro lado del salón. De lejos observaban orgullosos a su hijo codearse con la más alta jerarquía nazi y con el mismísimo campeón mundial de ajedrez.

—¿Cuál es su opinión sobre el futuro de esta guerra? —Preguntó Alekhine a Karl.

—¿Mi opinión? No entiendo señor, ¿Quiere saber qué es lo que yo pienso de esta guerra en el futuro? —Sí, así es.

—Bueno, pienso que Alemania ganará, ¿no? Creo en el triunfo final.

—Veo que usted lleva la esvástica en el brazo. —Sí, soy parte de las juventudes hitlerianas.

—Sí, sobre eso le quería comentar estimado jovencito, usted es el futuro número uno del mundo, tenga cuidado, sobre usted va a ser depositado un peso enorme, no me gustaría estar en su lugar siendo tan joven. Esta corona de número uno del mundo, es una corona muy pesada de llevar, y a veces, toda esa ideología en el brazo, se puede ir en contra suyo, tenga cuidado. A veces la juventud no lo deja a uno ver bien el tablero. No sé si usted comprende lo que le intento decir, usted es muy joven. —dijo Alekhine en alemán con su acento ruso, mientras observaba los jardines del palacio en Praga.

—Muchas gracias. —le dijo Karl, sin saber bien qué era lo que el maestro le estaba queriendo decir y sus palabras de aquí en adelante, marcarían siempre el centro de sus sospechas.

Karl nunca lo había dicho, pero una noche soñó, que la guerra era un terrible tablero de ajedrez, donde torres y caballos tenían vida. Por un lado, su ejército alemán era efectivo, pero a medida que se internaba en el centro del tablero vio dos enemigos claramente identificados y muy poderosos, aunque diferentes entre sí, a cada lado del tablero. Dos colosos; por un lado eran los rusos que habían detenido con ayuda de su invierno el avance del ejército nazi. Y por el otro lado, el temor de que EEUU entre en la guerra, tal como lo había hecho en la Primera Guerra Mundial. Era un temor que acechaba el subconsciente.

Pesadilla que atacaba recurrentemente a Karl y despertaba con esa leve sensación de temor, que en el fondo la teoría ajedrecística se anticipe a la realidad y analice. Todo jugador de ajedrez avanzado, sabía que una guerra a dos frentes era una partida perdida. Por más buenas posiciones tácticas que se

tengan, los dos frentes serían demasiados desgastantes para mantener el ritmo de la guerra. Era una reflexión que a veces olvidaba, la mayoría de las veces que soñaba eso, las olvidaba o las prefería olvidar, era un pensamiento que pasaba por milésimas de segundos por su mente y luego lo alejaba.

Luego de esta pequeña charla con Alekhine, Karl se fue a dormir. Fue la última vez que vería al gran maestro ruso, sin saberlo, con haberle ganado hoy, había abierto la puerta para la decadencia del gran maestro comience, quien moriría pobre, en posesión del título, y en un lamentable estado de enfermedad con su adicción a la bebida.

CAPÍTULO 11

LA CHICA PUNK —Hola Javier.

—Hola María. ¿Cómo estás? ¿Qué tal estuvo tu viaje? —Uff. Estuvo cansador.

—dijo ella en castellano, con acento argentino. Bajándose del taxi, frente al edificio donde yo arrendaba un departamento en Valdivia, sur de Chile.

—¿Hablas con acento argentino? ¡Juajua que simpático!

—Si, lo que pasa es que estuve viviendo un año en Montevideo, hace un tiempo y los uruguayos hablan como argentinos, pero a ellos no les gusta que les digan eso.

—¿Y dónde aprendiste español? —le dije, subiendo las escaleras al segundo piso. Ayudándola con sus maletas

—En el colegio, en Alemania un poco, otro poco en España, otro poco en Uruguay. Tampoco digamos que hablo muy bien.

—Hablas bien. Por lo menos mejor que yo hablo inglés. —le dije riéndome, a su llegada al departamento.

María, venía de intercambio desde la Universidad de Jena, donde yo había estado el año anterior. Por los contactos en común de otro alemán, también estudiante, que había estado viviendo en mi casa, María decidió alojarse en la habitación de invitados en mi departamento en Valdivia, unos meses mientras hacía su pasantía en la Universidad Austral de Chile.

—Que linda es esta ciudad Valdivia. —dijo, mientras instalábamos sus cosas para que pueda descansar. En Jena nos habíamos conocido, pero no habíamos hablado casi nada, más allá del hola y chao correspondiente, ahora estaba unos meses en mi casa, y teníamos tiempo de conversar, de hacernos amigos. Esa noche descansó después de su vuelo Berlín— París—Santiago—Valdivia. Estaba cansadísima.

Al otro día, la acompañé a la Universidad y buscamos a los profesores con los que iba a tomar ramos. En esas fechas yo estaba escribiendo mi tesis doctoral con una beca del Estado chileno, que me permitía administrar mi tiempo. En el día leía los innumerables libros que mi profesor guía, el Dr. Roberto Morales, amablemente me hacía leer sobre los mapuche. En las noches escribía hasta el cansancio, lo que al llegar el siguiente verano, me produjo un terrible insomnio

En esa dinámica, fueron nuestras conversaciones con María, entre tomarnos un té, un vino y acompañarnos en la soledad de estudiantes durante el lluvioso y frío invierno del sur de Chile.

Ella llegaba por unos 3 meses, en plena estación invernal.

—Este frío no es tan fuerte como el que estás acostumbrada en Alemania.

—Si, pero es más húmedo y a mí me afecta más. — dijo, siempre limpiándose con papel higiénico la nariz, húmeda y roja.

—A mí, en cambio el año pasado me afectó mucho el invierno alemán. No soporto el frío. —le dije y conté sobre mi pasado viaje de pasantía a Alemania. Cuando los días no estaban lluviosos, aprovechábamos de salir a caminar.

Con María recorrimos los jardines de la ciudad fluvial, el campus Isla Teja, y aprovechamos de ver los rincones “alemanes” de Valdivia.

—Me llama la atención que esta ciudad tenga tantas cosas alemanas. —dijo ella, como enojada con lo alemán y su presencia en la cultura de Valdivia. —Si, es verdad. Peter el año pasado me dijo lo mismo. Y no es solamente en Valdivia. En todo el sur de Chile es así. Hay ciudades que también se caracterizan por eso. Es producto de la colonización alemana en el siglo XIX.

—Me llama la atención que haya un bar llamado el “Bunker”.

—Vamos a ese bar, es bien bueno.

—No, yo no quiero ir a un bar que se llame el “Bunker”. ¡Por favor! ¿Qué no había otro nombre para él?

—Si, aquí no les molesta que las cosas hagan recuerdo de la Alemania nazi. Muchos se sienten orgullosos de ello.

—¿Y cómo puede ser eso posible? ¿Cómo le pueden poner el “Bunker” a un bar?

—Bueno, hay otro, famoso por sus crudos que se llama *Das Haus*.

—Mira, ¿Sabes qué? Vamos al Bunker, al menos, así vamos a criticarlo. Quiero conocerlo por dentro. — dijo ella, mientras caminábamos por Isla Teja cerca de la Universidad Austral.

—Dale, vamos. Te invito una cerveza. —le dije y bajamos las escaleras que

conducen a este bar en el subsuelo de un pequeño emporio, junto a un humedal típico de la ciudad, en una de las principales avenida de Isla Teja, la cual se llama así, porque antiguamente se hacían tejas de barro.

—¿Qué es lo que pasa en Valdivia? ¿Por qué tanto culto a lo alemán? —dijo ella, mirando el interior del bar para todos lados, sentados en la barra mientras pedíamos la carta de la larga lista de cervezas artesanales de Valdivia.

—Esta gente, en cierta medida, algunos son descendientes de los colonos alemanes que llegaron al sur de Chile. —le dije, mientras pedíamos unas cervezas.

—¿Pero qué es lo que expresan con esto? ¿Es que ellos encuentran que lo alemán es mejor? ¿No entiendo? Primera vez que veo esto. Buenos Aires ni Montevideo son así, che.

—Si, aquí hay instalado en la cultura de la gente la idea que lo alemán es lo mejor.

—¿Y de dónde sacaron tamaña estupidez?

—De circunstancias económicas. Veras, es un territorio muy rico en recursos naturales, campos muy fértiles. A los alemanes les fue muy bien aquí.

Acumularon riquezas. Con las generaciones, se instaló esa idea, que lo alemán es mejor que lo chileno o lo mapuche.

—¡Pero si Alemania es una mierda! —Me dijo ella, mirándome tras sus lentes con sus ojos verdes. Era raro para mí, conversar con un alemana típica, pero que piense tan diferente a los demás. —Ese país es una copia de los “Amis”. Los amis instalaron el capitalismo y el liberalismo en Alemania y mi país ya no es lo que era antes. Ahora es un país súper consumista y mediocre. La gente es egoísta e individualista. Puaj! El capitalismo es una mierda. — me dijo enojada, haciendo un gesto con la mano, y bebiendo su cerveza. Movi6 su cabeza y continu6; — me molesta que esta gente chilena se crean alemanes. —Si y más encima, no hablan alemán. Son chilenos al peo, que se creen alemanes.

—Si y tú que estuviste viviendo en Alemania, no eres como ellos.

—Juajua, no. Más bien con mi viaje a Alemania volví más anti alemanoide. Así es como llamo a estos chilenos que se creen alemanes pero no lo son. En Alemania los neonazis los mirarían como las pelotas. —Sí, en Alemania, hay mucho fascista. Son una plaga. —Sí, eso me di cuenta. Vi varios neonazis en Jena. Pero lo que me llama más la atención no es eso. Pues el neo nazismo en Alemania lo veo como algo casi folclórico. Son chicos que no saben nada de nada y siguen a los neonazis por moda, a eso me refiero. —Si puede ser.

—Lo que más me llamó la atención de los alemanes que conocí, es que ellos no saben nada de Historia sobre la Segunda Guerra Mundial, ni sobre Sudamérica.

—Es que en el neoliberalismo la gente solo mira televisión. ¿qué le vas a pedir a

las personas que lean? No, olvídale.

—Si eso es lo que me temo. De las personas que conversé, nadie sabía que en Chile, el Golpe de Estado de Pinochet, fue financiado por los EEUU. —Bueno, la gente en Alemania, sino tiene un interés específico por algo de Latinoamérica, no sabe nada sobre este lado del mundo. Para muchos de ellos “América”, son los “amis”, es decir Estados Unidos, y Latinoamérica no existe, en términos generales. Para mucha gente, las personas de Latinoamérica son gente pobre. Países que no son industrializados ni “modernos”. —dijo haciendo un gesto con sus manos como de comillas al decir “moderno”.

—Si. Lamentablemente mucha gente en Alemania mira en menos a los latinos, entonces la gente tonta de acá, para no sentirse menos que los demás, se creen alemanes. Es una cultura muy básica. Pero sabes, a mí me llama la atención tu actitud. Porque tu no eres una típica alemana orgullosa de sus raíces germanas.

—No, yo no me creo tan alemana. Pienso diferente. Los que pasa es que mi padre es húngaro, entonces soy medio alemana no más.

—Ah, mira que interesante. No sabía.

—Claro Javier, tú no sabes nada de mí.

—Juajua, ¿y por qué lo dices así, como que yo tuviera la obligación de saber algo sobre tu vida? juajua —No, es solo que cuando estuviste en Alemania no me hablaste nunca. Me dijo, mirándome a los ojos y moviendo sus labios sensualmente. Al hablar, movía el labio inferior y al final de modular, hacía un pequeño movimiento como se mueven los labios al besar.

—Juajua, sí la verdad es que nunca te hablé, ¿Pero qué te molesta eso?

—No. Pero yo sé por qué no me hablaste Javier. No me hablaste por qué yo estaba gorda. ¿Verdad? Todos los hombres son iguales.

—No todos los hombres son iguales, juajua. A algunos por ejemplo, les gustan los hombres. Le dije, siempre tratando de no quedar mal.

—No me refería a eso. Me refería a los hombres respecto de las mujeres. Me di cuenta que a ti te gustaban las chicas delgadas. Y está bien, no te culpo. —Si, la verdad es que es así. Yo tampoco me lo cuestiono ya. Me lo he cuestionado obviamente y me declaro un perfecto colonizado por la publicidad. —Que horrible lo que me dices Javier.

—Si, la verdad es que lo tengo asumido, soy un hombre superficial. Pero ya lo he pensado y me he asumido, yo no soy John Lennon, incluso escribí un poema bien sincero con este tema.

—Bueno, pero tampoco eres una mala persona. Esa es una condición cultural y no es tu culpa. Al menos te das cuenta.

—Si me doy cuenta. ¿Pero, por qué terminamos hablando de mí? Si tú me estabas hablando de tu padre húngaro.

—Si. Mi padre es húngaro, no es alemán, y eso me hizo ser una persona diferente allá en Alemania. Me cuestiono las cosas de otra manera, soy bastante crítica.

—Si ya me estás criticando que en Alemania no te hablé, juajua. Pero cuando Valentín me dijo que querías quedarte en mi casa, le dije inmediatamente que sí. A sí me haces compañía mientras escribo mi tesis.

—Muchas gracias Javier. Yo también lo valoro mucho, tampoco quiero estar sola. Bah, la soledad es lo peor.

—Si es terrible, creo que han investigado que la soledad produce depresión y enferma a las personas. —Sí, a mí me afecta mucho. Mira, por ejemplo en ese sentido, Alemania es una mierda, es un país dónde nadie habla con nadie. Toda la gente está sola y si uno les habla a ellos, ellos no te contestan. Son todos pesados. —Dijo, tomando un sorbo de cerveza, y continuó. —Por eso a mí me gusta Latinoamérica, me caen bien ustedes los latinos.

—Muchas gracias, si es verdad, a mí tampoco me gustó mucho estar viviendo en Alemania. También sentí esa soledad. Encontraba que las calles eran frías Y que la gente no le gustaba compartir entre ellos que me miraban extraño. A algunos no le gustaba que yo estuviese allá. —le dije mientras celebraba a la guapísima chica del bar.. En el Búnker acostumbraban a contratar chicas guapas, digamos en el canon europeo.

—Entonces ¿No te gustaría ir a trabajar a Alemania y quedarte a vivir allá?

—No la verdad es que no. Lo que sí me gustó fue ir y recorrer el país y conocer sus universidades y mundo intelectual, eso si me gusta mucho. En realidad me gusta investigar para una novela que estoy escribiendo sobre Alemania.

—¿De qué se trata tu novela? Recuerdo que presentaste un libro cuando estuviste en Jena hace tiempo.

—Se trata sobre la historia de un ajedrecista chileno de familia alemana, que durante la guerra se da cuenta que toda la guerra fue un complot, que nunca hubo en realidad en Alemania esperanza de ganar una guerra así, sino más bien engañar a todo el mundo. —¿Y de qué forma Alemania mundo?

—No Alemania, sino algunos

engaño a todo el

jerarcas realidad en mi novela propongo que nazis. En

las guerras mundiales fueron grandes complots internacionales, principalmente del complejo militar industrial de EE.UU. y de alguna forma también del sionismo internacional.

—Si, los judíos son muy mafiosos. Ahora están haciendo con el pueblo

Palestino, lo mismo que hicieron los nazis con ellos. Son una mierda. ¿Pero de qué forma estarían los judíos detrás de las guerras mundiales? no entiendo, si en la Segunda, ellos fueron las víctimas.

—Exactamente eso es lo que ellos quieren que todos creamos, mira. —Le dije, mostrándole una servilleta. —Este es el Imperio Turco-Otomano durante el siglo XIX. Salvo pequeñas regiones, es todo el mundo musulmán unificado en un solo gran imperio, que ha tenido su capital en diferentes ciudades y ha sido dominado por diversas dinastías y ahora está gobernado desde Turquía. Bueno, la idea detrás de las guerras, es dividir este gran imperio, pues es demasiado poderoso en recursos naturales. Son los dueños de gran parte del petróleo del mundo y el petróleo será el oro negro del siglo XX.

—Claro, puede ser.

—Bueno, además piensa esto, supongamos que nosotros somos judíos. Siempre hemos querido volver a Jerusalem, incluso queremos tener un país llamado Israel en lo que hoy es el imperio Turco-Otomano, estamos suponiendo que estamos en el siglo XIX.

—Claro, no lo había pensado así.

—Y para construir un país, primero debes derrotar al gran imperio, desmembrarlo en pequeños países y luego esos países hacerlos pelear entre sí, para luego instalar un país nuevo en el corazón de la Tierra Santa, que se llame Israel. Luego divides las guerras en dos. haces un plan a 50 años en el que van a haber dos guerras mundiales, una para dividir y acabar con el imperio Turco, la segunda, para invadir la Tierra Prometida con el pretexto de liberarla de un dominador pasajero.

—Claro, los nazis igual estuvieron metidos en Medio Oriente y no ganaron nada.

—No solo no ganaron nada, sino que fueron utilizados por una fuerza mucho más grande. —¿Pero hay algo que no me calza? ¿Por qué los mismos judíos estadounidenses o el sionismo internacional, iba a permitir que millones de judíos mueran en campos de concentración?

—Si te fijas, los que murieron son todos judíos del este, a los que les quitaron sus propiedades y riquezas. De paso, dejaron la imagen de los judíos en todo el mundo como unas víctimas del Holocausto. Al final, en todas las películas, los malos son los alemanes. En la Historia los malos son los alemanes y los nazis.

—Si, eso es verdad, estoy aburrída que todo el mundo me indique como yo por ser alemana, sea culpable del Holocausto y todo eso, estoy podrida de eso che.

—Al final el nazismo fue un cortina de humo para desviar la atención y echarle la culpa a los alemanes. ¿Sabías tu que Hitler fue financiado por empresas estadounidenses?

—No tenía idea.

—Ford, la IBM. Varias empresas yanquis tenía interés en que se haga una nueva guerra en Europa. Además qué mejor que un enemigo inventado para derribar al gran enemigo que en realidad era la Unión Soviética. —Si, al final el principal gasto en vidas lo hizo Rusia. —dijo ella, bebiendo un nuevo sorbo de cerveza. —Exacto. —dije yo. —Igual EE.UU ayudó a financiar la Revolución Bolchevique. ¿No sabías? —No tenía idea, pero no me extraña.

CAPÍTULO 12

FEBRERO DE 1942

CONVERSACIÓN ENTRE FRITZ TODT Y HJALMAR SCHACHT.

—Entonces señor, usted dice que a Hitler debemos matarlo. —dijo Hjamal Schacht, preocupado. En la reunión estaban él, Fritz Todt y Claus von Staunffenberg.

—Así es señor. Sospecho que Hitler no trabaja para Alemania. Después de la última discusión que tuve con él me aseguró que ganaríamos esta guerra y me temo que no podrá ser así. El desastre de Alemania es inminente y Hitler en vez de colaborar, nos entorpece.

—Si, yo también considero que no es nada útil que el Führer no esté aquí en Berlín y se haya ido al frente allá en Prusia Oriental. Eso entorpece mucho la toma de decisiones respecto de la guerra. Hay que ir hasta allá para tomar cualquier medida.

—¿Y cómo haríamos para matarlo? —Preguntó Schacht.

—Eso déjenmelo a mí. —Dijo Staunffenberg. —Señores, considero que es apresurado pensar de este modo. Déjenme conversar con él antes de tomar una decisión tan drástica. Imaginen si algo sale mal, sería la muerte de nosotros y de nuestras familias. — Dijo Todt, poniendo paños fríos a la idea.

—Está bien, me parece justo. —dijo Staunffenberg. —Vaya a conversar con él. Trate de convencerlo que debemos cambiar el curso de la guerra. Ya no hay soldados y estamos en muchos frentes peleando. Si usted no trae noticias positivas, infórmeme a través del señor Schacht. Yo me preocupo de preparar todo. Les aseguro que no fallaré. —Dijo ajustándose su parche en su ojo perdido. Se despidió y salió de la sala colocándose sus guantes negros de cuero.

CAPÍTULO 13

INVESTIGACIÓN CON LA CHICA PUNK —Entonces tú Javier, piensas que la guerra fue una gran mentira? —dijo la Chica Punk sirviendo una copa de vino. Estábamos en mi departamento en Valdivia, afuera llovía y teníamos encendida la estufa *Toyotomi*.

—Sí, obvio. Esa guerra no fue tal como la cuentan los historiadores. He leído varios libros al respecto. Lo que pasa es que mucha de esa literatura está publicada en inglés y Latinoamérica no es un pueblo que lea mucho en inglés. Por ahí la gente no saben.

—Sí, especialmente en los colegios y universidades, la Historia que cuentan es una mierda. —dijo ella, moviendo los labios húmedos en vino. Le encantaba el vino chileno.

—A mí, lo que me gustaría saber es cómo una chica alemana como tú, cree las ideas que tengo. Me gustaría saber; ¿Que es lo que piensas tú? —le dije probando de mi copa de vino también. La sala estaba tibia y en penumbra, solo con la luz de una lámpara y la pantalla de mi computador. Estábamos escuchando *Portishead* y fumábamos tabaco. Afuera en Valdivia seguía lloviendo. Había semanas en que pasábamos 4 o 5 días lloviendo.

—Mira yo te voy a explicar lo que pienso. —dijo ella sirviendo el vaso con más vino. Lo que ocurre es que mi padre no es alemán. Es Húngaro. Entonces él vivió en el comunismo hasta que después emigró a Alemania y conoció a mi madre y se quedó. Él dice que los alemanes se vendieron a los yanquis.

Que después de la guerra la gente de las 2 Alemanias, comenzaron a tener versiones distintas de lo que estaba ocurriendo. Ellos en Hungría estaban con Rusia, es decir apoyaban la política de la URSS de ese tiempo y hoy apoyan a Putin. Los alemanes creen todo lo que dicen los EEUU y por eso yo no pienso como los alemanes. Hay cosas que no me cuadran de la historia tampoco. —dijo ella bebiendo. Sus labios ya estaban más rojos y se notaba contenta. Siempre me ha dicho que como amigos, ella fue muy feliz cuando estuvo en mi casa. Nos gustaba mucho conversar, lo disfrutábamos realmente.

—Mira, el libro de Antony Sutton, *Wall Street and the Rise of Hitler* es claro. Dice que durante la guerra Alemania siempre le compró químicos necesarios para hacer aceite. Petróleo sintético a los EEUU. Bueno a empresas de los EEUU. En el fondo la tesis de Sutton es que mientras los Estados Unidos y Alemania estaban en guerra, las empresas de ambos países hacían negocios. La guerra era el Chivo Expiatorio y la Cortina de Humo, al mismo tiempo. —Si, esa mierda no la sabe ningún alemán. —dijo ella. —Por eso me interesa escribir una novela que trate sobre esto que te estoy contando. He leído mucho sobre este tema, tengo varios libros. —Le dije y le mostré el libro de Antony Sutton, los libros de Abel Basti, *Tras los Pasos de Hitler* y *El Exilio de Hitler*, y de Camarasa el libro; *Odesa al Sur, La Argentina Como Refugio de Nazis y Criminales de Guerra*. —Una vez también leí un libro que se trata sobre el vínculo de la empresa estadounidense IBM y el censo que Hitler hizo en

Europa en 1933.

—¡Qué increíble Javier, que en Alemania nadie tenga puta idea de todo esto. Fíjate que estoy impresionada y quiero que me cuentes más, que más cosas sabes?

CAPÍTULO 14 1943

Para Karl era profundamente importante en su identidad esta oportunidad de conocer al Führer. Hay que recordar que Karl era chileno. Nacido en Osorno de una tradicional familia de inmigrantes alemanes.

La familia había vuelto a Alemania y Karl era el más entusiasta de todos. Él no solo viajaba a Alemania para integrarse a las juventudes hitlerianas, sino también para obtener la nacionalidad alemana. Se sentía profundamente un nazionalsocialista alemán, y la parte alemana de su identidad era personalidad, poderosamente más fuerte en su

que cualquier indicio de identidad chilena que pudo tener.

Para él, la condecoración que hoy; el mismísimo Führer en persona le iba a entregar, no sólo reivindicaba su identidad como nazionalsocialista, sino también, el Führer simbólicamente le estaba diciendo de su mismísima mano, que él era tan alemán cómo cada uno de sus compañeros nacidos en cualquiera de las ciudades de Bavaria o en los campos de la Baja Sajonia.

Él nunca se había sentido chileno. Amaba Alemania por sobre todas las cosas y pretendía demostrarlo no sólo en el ajedrez, ganando el campeonato del mundo para su patria, sino también entregando su vida si era necesario, en post de un ideal superior.

Recordó sobremesa que las tardes con discursos de escuchó toda su vida allá en

Chile. Creció escuchando sobre un futuro mejor, en un país mejor, en un mundo mejor. Para Karl, el viaje en barco fue un tiempo valiosos para entrenar su ajedrez, derrotando a su padre en la cubierta. Al igual que en una historia de Stefan Zweig, unos ajedrecistas compiten sobre un barco que venía a América, en este caso nuestro ajedrecista mejoraba y mejoraba sus variantes en los largos meses que duró el viaje, esta vez hacia Europa desde Buenos Aires.

Al llegar a Alemania, Karl quedó fascinado tanto por la arquitectura, como por

el flujo vehicular o por las tiendas de regalos navideños. Solo los alemanes podían hacer una cajita musical en miniatura con una canción de Bach que funcionase a la perfección, pensó.

Como decía, Karl nunca tuvo malos sentimientos contra Chile y los chilenos, simplemente se sentía alemán. Él nunca iba a volver y menos ahora que el nazismo había levantado y devuelto la grandeza a Alemania. Él daría su mismísima vida si fuera necesario para salvar Alemania y hoy debía dejarlo en claro a su mismísimo Führer y a todo el Reich.

Allí estaba por fin frente a él, aquel hombre. Aquel que había compuesto esa singular ideología que mezclaba el nacionalismo con el socialismo y aquel espíritu policial y ordenado que había sacado Alemania de la ruina de la Primera Guerra Mundial. Frente a los futuros Tenientes de la *Wehrmacht* perfectamente formados, el Führer en persona iba a licenciar este grupo que pasaría a formar parte de los oficiales de aquella gloriosa fuerza militar alemana, que gozaba de un prestigio internacional de imbatibilidad y que se presentaba a la historia como una invicta máquina de matar.

Karl estaba nervioso. Por fin iba a ver en persona a aquel hombre que era el cerebro de todo esta gloriosa patria, que lo había acogido como la futura gran carta alemana en el ajedrez mundial, a pesar de haber nacido en el ya lejano Chile. Aquel político que había salido de la miseria y había entregado su vida a Alemania en el frente, y que luego de tantos reveses, había llegado al poder en forma democrática a la cabeza de la República de Weimar, pero no contento con eso, y fusionando los cargos de Canciller y luego de Presidente, se había transformado en Führer del Tercer Reich.

Nerviosos todos los futuros tenientes, conversaban y reían en formación mientras todavía el Führer se hacía esperar. Karl se arreglaba los guantes blancos del impecable uniforme diseñado exclusivamente por el mismísimo Hugo Boss.

El Führer dio un discurso soberbio. Aun estando muy enfermo y vivir bajo la influencia de varias drogas, no perdía su capacidad oratoria. —Estimados jóvenes de mis juventudes hitlerianas, hoy los condecoro tenientes de la *Wehrmacht* alemana, ustedes a sus 16 años son el fiel ejemplo del amor por Alemania, algunos nacidos muy lejos en otros continentes, no importa, lo que importa en esta noche helada, es que hemos vencido el frío, la raza germana ha conocido el calor y lo porta en su espíritu, especialmente en sus jóvenes, la

fuerza de un espíritu enérgico, el cual es necesario para defender Alemania.

Creo que me he ganado el derecho de pedirles a cada uno de ustedes su vida. Creo que tengo el derecho ganado con el sudor de estas mismas manos en el frente francés, estas mismas manos con las que escribí; *Mi Lucha*, de pedirles que lo entreguen todo, que lo dejen todo para ir al frente.

Mis oficiales que no saben de la política de la guerra, me dijeron que saque a los hombres de las fábricas y los envíe al frente, que necesitábamos un millón de soldados. Que esta guerra a dos frentes estaba perdida. Yo les digo, las guerras no se ganan en los mapas, con escalas y reglas, escuadras y compases, no. La guerra se gana en el frente. En la batalla. La guerra se gana en el corazón de los soldados. Recuerden a los griegos y las grandes hazañas de las Termópilas. Unos pocos defendiendo el espíritu de Occidente, un espíritu gigante, lleno de inteligencia contra los bárbaros. Ustedes son los más inteligentes de su generación. Son arios puros, hijos de la gran patria germana.

Yo les dije a los oficiales del ejército, que han heredado sus grados de sus bisabuelos, que creen que pueden venir a contradecir mis brillantes ideas, incluso que creen que pueden quitarme la vida como han intentado muchas veces. ¿Por qué no he muerto? Porque el espíritu de mi lucha es inmenso y no cabe en nuestros corazones. Somos violentos porque somos poderosos.

Se detuvo un momento, tomó agua y acomodó su pelo. El corazón de Karl estaba lleno de gozo, era un delirio escuchar al mismísimo Führer en persona. Al hombre al que le celebraba el cumpleaños allá en el lejano Chile, aquel que había salvado Alemania y había fundado el Tercer Reich que duraría mil años. Hitler continuó;

—¿Qué les dije a mis generales? Les dije que si necesitaban un millón de hombres no podía sacar a los hombres de las fábricas y reemplazarlos por las mujeres. ¿Y quién iba a trabajar en los hogares? ¿Qué el trabajo del hogar de las mujeres alemanas no es importante, más que el de las fábricas? No, dije yo, si quieren un millón más de soldados se los voy a dar, pero no serán los hombres de las fábricas, mientras les enseñamos a las mujeres a utilizar las fábricas perderíamos mucho tiempo para la victoria final, les voy a dar hombres de verdad, y vamos a bajar la edad de reclutamiento a 16 años.

En ese momento la madre de Karl se desmayó mientras para él, ese discurso del mismísimo Führer le cambiaría la vida para siempre, incluso más que el día que

derrotó en Praga al gran maestro ruso Alexander Alekhine, campeón del mundo.

Desde este día, las cosas comenzarían a pasar muy rápido para él, mientras en su interior no podía de júbilo por la alegría de haber sido ascendido al grado de Teniente de División con tan sólo 16 años.

Al terminar la ceremonia de condecoración, en la que Hitler le entregó a cada uno de ellos una medalla, él se entretuvo estrechando la mano de sus compañeros y dándose mutuas felicitaciones. No se percató del desmayo de su madre, sino que recordaba a cada instante el glorioso momento, en que un capitán se acercó al Führer para indicarle que él había nacido en Chile.

—Muy orgulloso de usted estimado soldado. Que el haber nacido lejos de su patria se vea exaltado en su memoria con el hecho de defenderla.

—Heil Hitler! —dijo Karl levantando la mano derecha y haciendo el típico saludo fascista, erguido y orgulloso. No entraba en razón su cabeza, de estar en presencia del mismísimo Adolf Hitler.

CAPÍTULO 15

AMISTAD

Karlrobert y Karl se conocieron a través de Claudio Arrau. El virtuoso pianista era el maestro de Karlrobert y un día Karl llegó hasta el conservatorio donde Karlrobert estudiaba con el afamado maestro. Justo cuando Karl llegó, Karlrobert estaba ensayando una sonata de Beethoven.

Rápidamente se hicieron amigos y comenzaron a visitarse constantemente. Karlrobert se había obsesionado con que Karl aprenda a tocar el piano y a su vez, éste le enseñase a jugar ajedrez. Con estas dos prácticas ya tenían bastante para pasar mucho tiempo juntos y hacerse grandes amigos.

—Dale juega Karlrobert. —dijo Karl.

—No tiene sentido, siempre me vas a ganar.

—Bueno, pero tú mismo me pediste que te enseñe a jugar bien. Ahora juega!

—Bueno pero después vamos a practicar al piano. Tengo que practicar varias horas por hoy. — Respondió Karlrobert quién había invitado a su amigo ajedrecista a pasar un día en su casa.

Los jóvenes se entretenían en sus actividades y luego pasaban largas horas estudiando cada uno sus respectivas

acompañaban disciplinas. En ese sentido se

y comprendían, pues no todos los jóvenes de su edad, estaban dispuestos a pasar tanto tiempo dedicados a un pasatiempo que ambos se los habían tomado como una profesión.

Mientras otros jóvenes se dedicaban a divertirse y salir a los parques, Karlrobert y Karl pasaban tarde enteras sentados, uno tocando el piano, el otro estudiando ajedrez.

Parecía ser que ambos tenían un pacto de amistad y era llegar a ser cada uno de ellos, el mejor del mundo en su respectiva disciplina.

Ya entrada la noche la empleada llamada Heidrun los llamó a cenar.

—Nos jugamos una partida antes de dormir? Le dijo Karl a Karlrobert mientras le servían la cena. —Bueno juguemos pero enséñame a jugar bien. Mi ajedrez no es tan bueno para derrotar al futuro número uno del mundo!

—Bueno, te voy a enseñar un principio básico del ajedrez relacionado a los flancos de ataque. —dijo Karl, mientras la señora Heidrun les servía una taza caliente de leche. La mesa estaba servida con panes, queso y leche caliente además de unos trozos de carne y papas. —Desde el punto de vista táctico una partida de ajedrez con más de un flanco de ataque es una partida perdida. —dijo Karl, mientras se servían la cena y la señora Heidrun escuchaba y servía las tazas. —Si me estoy dando cuenta de esa debilidad en mi juego. —replicó Karlrobert. La última partida me la ganaste por ese error que cometí.

—Si, cometiste el error de atacar mi flanco de rey donde tenía hecho mi enroque y a su vez atacabas mi flanco de dama perdiendo el centro del tablero. —Y esto de la táctica del ajedrez y las leyes del flanco de ataque, será algo aplicable a la guerra? —preguntó Karlrobert atención a mientras la señora Heidrun prestó lo que estaban conversando pero sin

entrometerse en la conversación.

—Yo pienso que sí. —dijo Karl. El ajedrez y la guerra en el fondo es lo mismo. Es tratar de vencer al enemigo con jugadas tácticas tratando de gastar el mínimo de material, avanzando posiciones y ganando el material del rival. Básicamente es lo mismo. —Dijo Karl.

—Pero qué opinas tú Karl, Alemania podrá ganar la guerra?

—Por qué lo preguntas? —Dijo Karl. —Claro que Alemania va a ganar la guerra!!

En ese momento la señora Heidrun se quedó detrás de la puerta de la cocina, con

la puerta entre abierta, escuchando la conversación.

—Es que si aplicamos este principio de los flancos de ataque a la guerra y analizamos el mapa de Europa, Alemania no solo tiene dos frentes de ataque, sino que al atacar a Rusia, tendríamos tres frentes de ataque. Me parece un suicidio. —Dijo Karlrobert. —Bueno de alguna manera tienes razón. —dijo Karl. —Pero Alemania va a ganar la guerra, de eso estoy seguro. —dijo levantando el puño enérgicamente. —Pero no crees tú que tres frentes de ataque es mucho? Y si cae uno de los frentes? Qué pasa si Alemania pierde la guerra? Imagínate tenemos el frente de ocupación en Francia. En el sur tenemos ejércitos en África, en Italia en los Balcanes, y ahora más encima se abre otro frente de ataque en Rusia. Me parece descabellado. —dijo Karlrobert.
—Si, es complicado. —dijo Karl. —Pero ten confianza amigo, Alemania va a ganar a pesar de todo. —No lo sé. Me parece difícil que ganemos una guerra frente a tantos enemigos. Si lo analizas bien, tenemos todas las de perder.

La señora Heidrun entraba y salía de la habitación tocándose la boca. Los amigos se quedaron en silencio, pensando, escuchando solo el sonido de las cucharas revolviendo el chocolate caliente. Afuera Hamburgo era una ciudad quieta, con esa quietud temprana que tienen las ciudades alemanas. A las 6 de la tarde ya hay una oscuridad y una tranquilidad que parece que fueran las 12 de la noche.

Los alemanes de familia se suelen acostar relativamente temprano. Es un percepción del tiempo bien particular, pues está relacionada a la latitud. En una latitud alta como lo es el centro de Europa, en el largo invierno oscurece temprano, tipo 5 de la tarde.

Un retiro temprano al calor del hogar y el descanso en silencio es costumbre típica de pueblos de latitudes altas. En el extremo sur ocurría lo mismo. El pueblo mapuche tildado de flojo, acostumbraba a retirarse temprano al descanso y las actividades de sociabilidad. El trabajo duraba sólo lo que dura la mañana.
—Ese es el problema de tener una fe ciega en una ideología razonar estimado Karl. La ideología no te deja

objetivamente. Actúa siempre como un campo de gravedad muy alto, llevando a tus pensamientos tomar siempre las mismas rutas de análisis y de razonamientos. Tú eres un gran ajedrecista. No me digas que no te das cuenta de lo que te estoy diciendo! —dijo enojado Karlrobert. —No creas que no le he pensado, estimado. Lo que si te puedo decir, es que me he trasnochado pensando y pensando como

hará Alemania para ganar la guerra. Y la tranquilidad mental me ha llegado por medio de rumores dentro del partido. Dicen que en el ejército, están trabajando en una bomba, que va a permitir a Alemania ganar la guerra definitivamente. — ¿La bomba atómica?

—Si, una bomba capaz de derrotar a los enemigos de Alemania. Tranquilo amigo, ten confianza. Alemania va a ganar esta guerra, te lo aseguro.

—Bueno, de todas maneras pensar en eso en este momento no nos sirve de nada.

—dijo Karlrobert. La señora Heidrun escuchó tras la puerta la conversación y puso mucha atención sobre lo que estos dos amigos estaban conversando.

CAPÍTULO 16

SEGUNDA CARTA DESDE OSORNO

Purranque 1944 Recordado Karl

Ha pasado año y medio desde que te escribí para solicitarte ayuda y no sé si mi carta haya llegado, o se perdió en el camino.

Quiero que sepas que mis sentimientos hacia ti no han cambiado en lo absoluto. Creo que eso nunca va a cambiar en mí. Yo te voy a amar para siempre, de eso estoy segura.

Tengo que contarte algo terrible que ha sucedido. Mi tío por la familia de mi madre está en la cárcel.

Resulta que los alemanes ayudados por los Carabineros de Chile desalojaron todas las casas del sector de Purranque hacia el mar, y en la pelea que se armó cuando llegaron al sector donde vivía mi familia, mi tío que le dicen Gallito Catrilef mató al señor Fuchlocher.

Los alemanes llegaron en camioneta y esta vez estaban acompañados de Carabineros de Osorno. Hicieron lo mismo que la vez que fueron a mi casa. Mataron los animales que no les servían y los que sí, se los llevaron como caballos y vacunos. Mi tío que es muy arrestao, tenía una escopeta debajo de su cama y cuando los alemanes llegaron y comenzaron a pegarle a mis primos, tomó su arma y le voló los sesos al viejo Fuchlocher.

Los Carabineros lo molieron a palos, pero no lo mataron. Se lo llevaron preso a Osorno y después a Santiago. Dicen que lo han torturado mucho, a veces prefiero que mi pobre tío se hubiera muerto mejor, en vez de estar pasando por estos tormentos. Igualmente mis primos debieron irse y estuvieron detenidos en

Osorno.

Mi tía está viviendo también donde mi abuela y somos muy pobres. Siempre escasean el pan y sobrevivimos con lo que nos da la huerta. Tenemos miedo que en cualquier momento lleguen los Carabineros y nos mates o nos quemen la casa. He escuchado que esto está ocurriendo en muchos lugares del sur. Necesito que nos ayudes querido mío. Por favor, habla con tu padre y la gente del partido. Cómo alguien no nos va a poder ayudar desde Alemania?

Aquí la gente rumorea que Alemania va perdiendo la guerra. Dicen que hay que apoyar a EEUU y no a los alemanes. Que la guerra está cambiando su curso y Alemania va perdiendo. Estoy preocupada ti mi querido duende. Cuenta cómo estás? Por qué no me respondiste mi anterior carta?

Yo sé que no tienes obligación de escribirme, pero te estoy tan agradecida que me hayas enseñado a leer y escribir. En todo esto he podido ayudar a mi familia en el tiempo que mi tío ha estado preso con los papeles.

Yo no entiendo cómo pueden ser tan crueles los chilenos entreguemos comprenden y su justicia que nos piden que los papeles de mi tío? Cómo no que nosotros no sabemos escribir?

Yo sé que tu mamá te regañó mucho cuando me enseñaste a leer y escribir. Pero por qué ella era tan odiosa conmigo?

Recuerdo cuando te dijo que no debías enseñarme nada porque yo era una hija de los indios y tú eras un niño de apellido alemán. Desde cuándo el orgullo se transformó en odio. Claro que los alemanes son gente muy inteligente e industriosa, yo los admiro, además de admirar lo hermosos que son. Lo que no entiendo es cómo la inteligencia y el oficio se puede transformar en odio, en rabia, en cólera contra una niña. Qué culpa tuve yo de haber nacido morena? De ser una persona de la tierra. Yo estoy orgullosa de ser de la tierra, no me cabe en la cabeza si ustedes son tan inteligentes y tan cultos, por qué no son buenas personas? Si al final, mi querido, todo lo que uno haga en la vida se devuelve porque todo vuelve a pasar.

El sol nuevamente sale en la montaña, la luna vuelve a salir, el mar vuelve a crecer nuevamente, por qué mejor no ayudan a los mapuche? Porque no les enseñan a cultivar la tierra y hacen negocios. No es acaso mejor enseñar que matar? Que robar y pelear? Nunca voy a entender por qué no me hablaste nunca

más. Esa vez cuando ganaste las simultáneas yo me las arreglé para verte ganar y les ganaste a todos. Qué orgullosa me sentía de ti mi querido, que agradecida estoy de haberte conocido.

De un momento a otro ya no tenias oponente y les ganaste a todos.

No entiendo por qué me preguntaste; Qué estás haciendo aquí? Yo me las arreglé para estar ayudando en la cocina. El cumpleaños de Hitler era algo muy importante para ustedes, pero yo solo quería verte ganar.

No me culpes por haber ido a verte, tuve que trabajar duro para llegar hasta allá. También estoy preocupada porque hay rumores que están enviando niños a la guerra. Dicen que los alemanes ya no tienen más soldados, que bajaron la edad de reclutamiento a los 16 años. Es cierto eso? Entonces tu vas a ir a la guerra? Pero cómo se les ocurre eso Karl, si tu eres apenas un niño? Quizás si te toca ir a la guerra, cuando estés solo en el frío del frente te lleguen mis cartas y espero que ese momento no sea demasiado tarde.

Por favor ayúdame Karl, te lo ruego.

Fresia

CAPÍTULO 17

KARLROBERT Karlrobert se levantó temprano ese día para dar su concierto. Entre el repertorio estaba; Chopin y Liszt y entre el público, estaría su maestro Claudio Arrau, junto a su familia y sus amigos. Karl le había prometido que estaría padres.

e incluso asistiría con sus

Karlrober llegó al teatro y sus padres se

sentaron en primera fila. Nervioso, se dirigió a su camarín que estaba saliendo del costado izquierdo del escenario, bajando una escalera. El camarín era pequeño, tenía mucha luz y un gran espejo y un estante donde dejar las pertenencias.

El personal a cargo era un señor gordo y otro señor más joven, más moreno y también grande y corpulento. Acomodaron el piano al gusto de Karlrobert y éste eligió ubicarlo en el centro del escenario. Recogieron el telón de tal forma que quede semi cerrado, que solamente se vea el piano y su intérprete.

Mientras se cambiaba de ropa, maquilló sus pocas espinillas en el mentón.

De pronto, Karl entró a saludarlo de improviso.

—Te vine a saludar y desearte mucha mierda, como dicen en el teatro. —dijo Karl, quedándose parado con la puerta entre abierta. Karlrobert le dio un abrazo a su amigo y continuó peinándose y acomodando su corbatín. Estaba perfectamente vestido con un traje largo de smoking y unos zapatos de pianista que le habían regalado recién sus padres. —Muchas gracias amigo, le dijo Karlrobert, pero tu no puedes estar aquí. Es de mala suerte dicen, saludar al pianista antes de comenzar a tocar. Lo que me interesa es que venga Carolin. Anda a fijarte si ella llegó y si está la saludas de mi parte.

En ese momento, Karl salió del camarín volvió a ubicarse entre el público. El teatro lentamente comenzó a llenarse y por fin pudo Karl ver que llegaba Carolin con sus amigas. Ellos no tenían un romance, pero en secreto todos sabían que Karlrobert y Carolin se amaban.

De pronto, todo el teatro se puso de pie y comenzó a aplaudir ensordecedoramente. Karlrobert escuchó la ovación desde las profundidades del teatro. Era su maestro Claudio Arrau que había llegado a escuchar a su mejor discípulo.

Luego que el maestro se instaló con su esposa y su hijo en la primera fila, saludó a la familia de Karlroben y a la familia de Karl. El padre de Karl estaba vestido de uniforme de las SS. Arrau saludó a todos y se ubico en centro de la primera fila, no sin antes saludar al público con una mano en alto, mientras todavía duraba el aplauso hacia su persona.

Los aplausos se multiplicaron cuando salió Karlrobert al costado del piano y saludó a un público anónimo, porque desde el escenario y por las luces, no se puede ver bien las caras en el público.

Esperaba que esté su amiga Carolin, quería dedicarle su concierto a ella, aunque sus miradas de complicidad en el colegio, lo delataban.

Se sentó solemnemente echando el traje para atrás de la silla como hacen los pianistas. Sus zapatos nuevos y sin suela se ubicaron en su posición. Uno atrás, el otro adelante para trabajar en los pedales del piano, que permite alargar la nota o cortarla.

Todo debía salir perfecto y para eso ya había hecho la prueba de sonido, el piano sonaba exacto.

Comenzó el concierto con una pieza de Chopin para luego dar paso a Rachmaninov y terminar con Liszt, que era la especialidad de su maestro, porque tanto él como Arrau, descendían de la enorme tradición pianística de Frank Liszt, el célebre compositor austro—húngaro.

Al terminar el concierto la ovación fue generalizada. La familia de Karlrobert estaba feliz saludando las miradas y aplausos de orgullo del talento de su hijo.

En medio de la ovación, se sintió un fuerte golpe. Un grupo de uniformados entró en la penumbra del teatro y al comienzo nadie supo quienes eran.

Dieron la orden de encender todas las luces y el líder del grupo se paró en el borde del escenario y sacó una carpeta que contenía unos papeles. Eran aproximadamente diez hombres fuertemente armados. Tres hombres tomaron a Karlrobert y lo esposaron sin que este haya opuesto resistencia, pues no tenía idea qué era lo que ocurría.

Cuando el líder del grupo se paró frente al público, se pudo distinguir su uniforme. Era la *Gestapo* la que había entrado en el teatro y en medio de los aplausos al distinguido pianista Karlrobert Kreiten, el oficial comenzó a leer en voz dura y alta;

—El partido nazionalsocialista acusa a Karlrobert Kreiten de alta traición a la patria. Entre los cargos que se le reconocen son; alta sedición y hacer correr rumores falsos sobre la imposibilidad de Alemania de ganar la guerra. El Führer ha dado la orden de ejecutar a todos y cada uno de los traidores a la patria que cometan el delito de sedición! Heil Hitler dijo e hizo el saludo nazi.

Todo ocurrió tan rápido que nadie alcanzó a decir nada. El público fue vigilado por si alguien intentaba evitar lo que vendría. Mientras el líder del grupo hablaba, otro integrante del comando tiró una cuerda sobre el piano pasándola por sobre las vigas del techo del escenario.

Rápidamente la amarró y frente a sus familia y su público, llevaron a Karlrobert a subirse en la misma silla del piano. La madre comenzó a llorar al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo pero era tarde.

El padre quiso evitar lo que ocurría pero un integrante del comando le dio un fuerte golpe en el estómago con la culata de su arma. El miedo cundió entre las gentes del teatro. Ni Carolin ni Arrau, ni menos Karl imaginaron nunca lo que estaba ocurriendo y no alcanzaron ni a moverse de su asiento, cuando el cuerpo

de Karlrobert cayó ahorcado, luego que el líder del comando de la Gestapo pateara la silla del piano.

El cuerpo se tambaleó un momento y la vida fue extinguiéndose rápidamente del joven pianista. Dio unos pataleos que solo apretaron más la soga que tenía en su cuello y se orinó.

Los gritos y los llantos cundieron entre el público. Su madre se desmayó y el padre de Karl tomó a toda su familia y los obligó a salir del teatro. Karl quiso ir hacia el escenario, pero un comando se lo impidió colocándose en el pasillo con actitud amenazante. Sus ojos celestes lo miraban con toda la rabia del mundo, y nadie pudo hacer nada.

El cuerpo sin vida fue retirado del teatro por los mismos integrantes del comando de la *Gestapo*. Toda la gente quedó llorando. El único que no pudo llorar fue Claudio Arrau. Su dolor, lo llevaría siempre en silencio.

CAPÍTULO 18

INVESTIGACIÓN CANCELADA Fritz Todt tomó el avión en Berlín con destino a Prusia Oriental. Luego de la última conversación con el Ministro de Economía del *Reich*, Hjalmar Schacht quería discutir en persona con el Führer el Plan Barba Roja para continuar la invasión a Rusia y la Unión Soviética.

Hacía un par de semanas que acordó una reunión con Hitler para discutir la continuación de la invasión al este.

Como todos los proyectos anteriores, dedicó día y noche a trabajar en la planificación de los cálculos de los suministros necesarios. Tenía un equipo de colaboradores de la Organización Todt, que llevaba su apellido y que se había levantado luego de haber construido las famosas y eficientes *autobanh* por el territorio alemán. Una enorme red de carreteras de tres pistas por lado que conectaba todo el país y había dado trabajo a legiones de trabajadores que además, en su mayoría concordaban con los principios del nazionalsocialismo y habían ayudado a levantar la economía alemana.

Había estudiado ingeniería industrial en la Universidad de Múnich y era considerado un héroe de la Primera Guerra Mundial, donde incluso sobrevivió al ser derribado en un combate aéreo, donde oportunamente alcanzó a saltar al vacío en paracaídas antes que su avión estalle.

En el partido nacionalsocialista comenzó desde abajo y rápidamente fue escalando hasta llegar a codearse con la cúpula política. El mismísimo Hitler lo nombró Ministro de Suministros en la época de inicio de la nueva gran guerra en junio del año 1941.

Rápidamente calculó todo lo necesario para la campaña, la que estaba llamada a ser la más grande empresa militar terrestre desde tiempos de Alejandro Magno. Encomendó a sus ayudantes la colaboración de ciertos cálculos. Desde balas hasta botas y utensilios para comer, todo lo que fuese necesario en el enorme frente ruso.

Pero había algo que no le cuadraba en sus cálculos. Después de sumar y restar llegó a una conclusión que no lo dejaba dormir.

Se dio cuenta que Alemania funcionando a toda máquina, tendría un déficit de 400 toneladas diarias de pertrechos. Era una guerra suicida y así se lo hizo ver al Führer por teléfono, después de conversarlo con Hjalmar Schacht, el *Reichsminister* de economía, quién le advirtió que ya estaba todo decidido.

Hitler fue indiferente a toda su palabrería, la guerra se haría si o si, aunque tenga que costarle su puesto y su cabeza, pues él sabía que si se oponía de cualquier forma a la voluntad del Führer, podría costarle la vida.

Por ese motivo pensó que sería necesario viajar en persona a discutir el asunto con el Führer. Quizás mostrándole en su cara los libros contables, lo podría disuadir de tal locura a la que el alto mando, desde la *Guarida del Lobo* en Prusia Oriental estaban llevando a Alemania. Sería un desastre seguir movilizand o todas esas tropas a tan lejana distancia sin tener la logística necesaria para llegar con suministros.

Alemania funcionando a toda máquina no alcanzaba para una guerra tan grande. El 8 de febrero de 1942 su avión aterrizó tras un corto vuelo entre Berlín y Rastenburg. Lo estaba esperando un chofer y lo dirigió inmediatamente a la *Guarida del Lobo*.

Ubicada en el norteste de Prusia cerca de Lituania, era el Cuartel General de Hitler para la campaña en el este.

Estaba claro que desde el punto de vista de la geopolítica que los mismos nazis llevaron adelante, el *lebensborn* o espacio vital era necesario para el desarrollo de Alemania, pero debía demostrarle al Führer que los números no coincidían.

Había que acogerse a los números pues sino sería todo un desastre, pensaba, mientras el auto lo llevaba por el bosque húmedo prusiano en dirección dónde se encontraba Hitler.

Al llegar al bunker, una secretaria lo invitó a tomar desayuno. Aun era temprano y las oficinas estaban funcionando desde las 5 de la mañana. Trabajaban incansablemente entre llamadas telefónicas, cables y notas. Una de ellas confesó luego de los años que el Führer era como un dínamo. *Cuando él estaba presente sonaban todos los teléfonos al mismo tiempo.*

Hitler estaba ocupado en su oficina con sus generales y entraba y salía gente de la sala. Estaba muy solicitado por las noticias del frente ruso y dio la orden que nadie lo interrumpa.

Algunos personajes que salían de la oficina de Hitler lo veían afuera al mismísimo Fritz Todt y ponían una cara como diciendo; ¿Qué hace este señor acá?

Un alto mando militar como era él esperando a que el Führer se desocupe, parecía una escena ridícula. En todos lados un señor como él era recibido con honores y Hitler ya había sido informado hacía horas de su visita.

De pronto llegó Albert Speer, el famoso arquitecto de Hitler. Se saludaron calurosamente y se dio la orden que despacho mientras esperar.

Speer entre inmediatamente al a Todt, se le seguía haciendo

¿Qué podía ser más importante que lo que tenía él que tratar en persona con el Führer? Estaba en juego el futuro de Alemania. Toda esta gente que entraba y salía del despacho podría llegar a morir.

Ya pasó la hora del almuerzo y no tenía noticias respecto de si Hitler lo iba a recibir o no. Había algo muy raro en la displicencia con que el Führer estaba tomando el curso de la guerra.

Aproximadamente a las 4 de la tarde y después de haberlo hecho esperar demasiadas horas, Speer salió del despacho de Hitler y Fritz Todt fue llamado a entrar.

El Führer estaba en penumbra al final de la oficina y ambos hicieron el saludo nazi con desgano. La mesa que después le salvaría la vida al Führer en el atentado de la Operación Valkiria, estaba llena de informes y mapas. Hitler lo recibió con frialdad y un apretón de manos débil. Se le notaba cansado y pequeño. Se había construido un imaginario de un Führer fuerte y ario, pero la persona frente a él estaba encorvado y sin fuerzas, se le veía cansado y enfermo.

—He venido a mostrarle mis cuentas y mis cálculos. —dijo Todt y desplegó unos cuadernos contables e informes que Hitler apenas miró. Tenemos problemas serios mi Führer. —dijo Todt al otro lado del escritorio.

Las cortinas estaban apenas abiertas y era muy frío el lugar. Hitler observaba y ocultaba su mano derecha temblorosa detrás de un uniforme Hugo Boss que le quedaba grande.

—¿De cuánto estamos hablando? Dijo por fin después un silencio del que dependía la vida millones de alemanes, rusos, ucranianos y gente de todos lados.

—Mi Führer; Alemania funcionando a toda máquina, esto es incorporando la fuerza de trabajo de Checoslovaquia y Polonia, tiene un déficit diario de 400 toneladas de pertrechos de guerra. —dijo Todt fuerte y claro.

—Hitler se quitó los lentes y le dijo tranquilamente; Estimado Fritz, su trabajo ha sido siempre muy apreciado por el Estado y el partido. Usted es uno de los hombres que han hecho de Alemania un gran país. —Muchas gracias mi Führer.

—No me agradezca a mí sino a la historia. Usted ha pasado a la posteridad como un gran ingeniero, de una enorme capacidad de trabajo. No obstante tengo que decirle que esta guerra patria ya no tiene vuelta atrás. La decisión está tomada. La guerra contra Rusia continúa, pues Alemania necesita del petróleo y del espacio vital que a ellos les sobra.

—Pero mi Führer, ¡La guerra es inviable en un frente tan enorme!

—La guerra mi estimado Fritz, la ganan los valientes. No es tiempo de tener miedo, debemos ser valerosos. —dijo Hitler levantando la voz.

—Pero tenemos un déficit diario de 400 toneladas, es algo de números y estos no cuadran!

—La guerra no es un tema de números querido Fritz. Es un problema de hombría y de voluntad. Vamos a hacer esta guerra contra los rusos y vamos a vencer al comunismo. —dijo Hitler, enérgico.

—Vamos a perder la guerra y esto va a ser la ruina de Alemania. —Replicó Todt.

—¡No vamos a perder la guerra tonto! —dijo Hitler y se escuchó afuera de la sala la discusión. Estaban las secretarias y Albert Speer oyendo detrás de la puerta. Y no vuelva a decir nunca más eso estimado Fritz o lo acuso de sedición, ¿Está claro? Usted se vuelve ahora mismo a Berlín y haga nuevamente esos cálculos correctamente hasta que los números le cuadren. Ya quisieran muchos otros tener su lugar y hacer cuadrar esos números en nombre de Alemania.

—Pero Adolf, entiende hombre, ¡Esto es una locura! ¿Quién puede hacerte entender lo que estoy diciendo? Es un suicidio, si llegamos allá no tenemos cómo alimentar más a las tropas. No tenemos carreteras ni suficientes suministros. Nos van a faltar balas, hombres, fusiles. Nuestros hombres se van a

morir de frío. No estamos preparados para un invierno ruso de menos 30 grados o más. ¡Es llevarlos a la muerte! —¿Está queriendo decir usted señor Todt que soy un loco suicida?

—Es una acción muy temeraria Adolf, entiende; es el destino de Alemania el que estás poniendo en juego. Esta guerra tan grande no es necesaria.

—¿Qué sabes tú lo que es necesario? —dijo Hitler. ¿Qué sabes tú de la ruina de Alemania, si fui yo quién te dio todo para tus famosas carreteras? Fui yo quién te puso donde estás. ¿Por qué no me crees ahora? —No es que no te crea Adolf, lo que pasa es que los números no mienten. Esta guerra contra Rusia está perdida desde antes de salir al campo de batalla. No tenemos suficientes recursos para ganarle la guerra a los soviéticos; ¡No es solo un problema de espacio, sino de cantidad!

—Como se ve que no has aprendido nada. Me dijeron lo mismo cuando asumí el poder, que Alemania estaba en quiebra, que Alemania estaba en bancarrota, que estábamos pobres, que Alemania ya no era lo que fue. ¿Y yo qué dije? ¿Yo qué hice? ¿Acaso les creí a los tecnócratas que como tú, son expertos en números? ¿Acaso los números mandan más que la voluntad de salir adelante? Yo hice grande Alemania nuevamente y con mis propias manos. Tú mismo me ayudaste Fritz, ¿Por qué ahora no crees en mí y en Alemania?

—Porque llevo varios días sin dormir y las cuentas no me calzan. Esto es un suicidio. Alemania va a ser derrotada y la culpa va a caer sobre nuestros hombros. —dijo Todt en un tono de voz más bajo para aplacar la ira del Führer. Este contestó más tranquilo;

—Vuelve a Berlín a tu cómodo despacho y calcula esos números tranquilamente maldita sea, una y otra vez hasta que los mismos números te digan que Alemania vencerá y que será enorme por mil años. Ahora lárgate. —dijo Hitler y recogió sus lentes con la mano temblorosa tomando el teléfono mientras Todt salió de la oficina.

CAPÍTULO 19

MIEDO Los funerales de Karlrobert fueron simples y dolorosos. La familia sintió una gigantesca impotencia, y esos días fueron muy difíciles para Karl. Frente a su ataúd, se alejó un poco de la triste escena del entierro de su amigo. La madre de Karlrobert lloraba en silencio. Todo el proceso se hizo en silencio, pues cundió en la población alemana una sensación indescriptible de miedo. El miedo es algo difícil de explicar cuando no se ha vivido. ¿Cómo explicarle a un niño pequeño cómo se siente el miedo cuando él ha sido crecido con amor?

En su interior Karl sentía profundas contradicciones respecto de lo que pensaba, era el nazionalsocialismo y lo que habían hecho con Karlrobert.

Su padre se acercó a abrazarlo y Karl hizo un gesto como de no querer ser abrazado. En el fondo, su padre era la persona que había llevado el nazionalsocialismo a su familia.

—Es comprensible tu dolor querido hijo. —le dijo su padre. —No sé quién lo habrá delatado. Pero te aseguro que el partido quiere lo mejor para Alemania. Le dijo al oído, sin que nadie más lo escuche. Karl agudizó la mirada y pensó que quizás su padre tenía razón. Pronto debería ir al frente y debería defender la patria.

Recordó la conversación que tuvo con Karlrobert sobre el futuro de la guerra. En el fondo fue él quien le mencionó la posibilidad que Alemania pierda la guerra por un problema de teoría ajedrecística. Si Karlrobert lo dijo por ahí a alguien y ese alguien lo acusó, eso ya escapa a su culpa. Quizás a él también lo estén espionando. ¿Pero quién puede ser tan insano de acusar de sedición a un joven pianista? ¿Quién puede ser tan maldito? A veces pensaba que todo esto del nazionalsocialismo es un error. ¿Cómo puede ser posible que una ideología mande a matar a un niño como su amigo. Un tipo brillante, seguramente tan brillante como él para el ajedrez. Estamos hablando de quizás el mejor joven pianista del mundo, asesinado por un rumor.

Alemania no estaba en capacidad de darse tales lujos. Pero ya era tarde. A él también le tocará pronto ir al frente. Ya no podía pensar en renunciar.

CAPÍTULO 20 BATALLA DE WELLE

Ese día Karl salió de su casa en dirección del camión del Ejército que lo esperaba en la acera. Su padre se encargó que su madre no haga una escena ante la partida de su joven hijo al frente, por lo que la envió junto a su pequeña hija fuera de Hamburgo, al campo donde unos familiares, mientras el padre se quedó en la ciudad trabajando en las oficinas del partido nazionalsocialista.

El camión llevó a Karl de vuelta al regimiento del norte de Hamburgo donde llevaba meses recibiendo instrucción militar. A su casa había vuelto solo a despedirse de su padre, su madre, hacía días que había salido de Hamburgo, era muy probable que pronto a la ciudad la bombardeen. Los aliados estaban muy cerca.

Afuera siempre hacía frío. Los otrora campos ordenados y limpios, ahora eran ruinas que se sucedían unas tras otras, los bosques estaban arrasados. Fue fuerte la primera impresión de la guerra para él. Recordaba la despedida con su madre. Su padre hizo todos los preparativos y prácticamente la obligó a dejar la ciudad. Meses antes Karl se había enrolado en el ejército y ahora siempre usaba un uniforme militar. Además ahora estaba convencido que Alemania ganaría la guerra.

Desde la claustrofobia de la ciudad no se podía dimensionar el nivel de destrucción que había en el país. El que había sido modelo de la arquitectura europea, estaba en el suelo, la guerra lentamente venía avanzando por todos los frentes.

Pensó si realmente el nazionalismo valía la pena. La verdad es que desde la muerte de Karlrobert, su estado de ánimo decayó muchísimo y recordó el incidente con el chofer del camión. —El chofer paró el camión para revisar que todos los bolsos de los soldados fueran en el maletero. Era medianamente alto y rubio, muy rubio.

Completamente serio recorrió el camión mirando las pertenencias de los nuevos soldados y observó que un joven sentado más allá llevaba su mochila con las cosas dulces que le había hecho su abuelita para que vaya a la guerra, no iba en el maletero.

El chofer vestido del uniforme de la *Wehrmacht*, levantó la voz y le gritó al niño que era delgado y delicado, que lleve su mochila en el maletero.

Karl llevaba su mochila entre sus piernas y apenas el chofer se la vio, le dijo que lo acompañe. El terror lo invadió. ¿Dónde lo llevaría? ¿Qué le sucedería? Era su primera experiencia como militar.

El chofer lo hizo caminar al costado del camión que transportaba a los soldados y mientras caminaba, observaba inquisitivamente con sus profundos ojos azules. Abrió el maletero y le dijo; —Colócala ahí! —y Karl procedió a acomodar las maletas, bolsos y mochilas que los niños llevaban a la guerra.

Volvió a su asiento en el camión y los demás niños estaban paralizados. Todos temblaban de miedo. Después del susto, Karl se puso aliviado y quedó un poco más tranquilo, al menos el viaje continuaba y debían llegar al frente. Sus recuerdos pasaban unos tras otros y estaba muy nervioso. Algo le habían

inyectado en el regimiento antes de salir en el camión. Se sentía muy extraño, demasiado enérgico. Las ideas difícilmente las podía dominar. Tenía un zumbido en la cabeza y le costaba estar tranquilo, necesitaba moverse.

En eso llegaron a un pueblito y se estacionaron a la orilla de un río. Estaban frente al puente que debían volar según las ordenes antes de salir del regimiento. Mientras bajaban del camión comenzó un fuego cruzado desde la rivera del frente del río.

Los aliados habían llegado antes que ellos. Comenzó a sonar la sirena del pueblo y una balacera mató a varios compañeros que fueron tomados por sorpresa. Karl alcanzó a ocultarse detrás de un auto y corrió hasta una de las casas junto al río. Vio con horror como sus compañeros recién llegados, sacados de sus casas siendo niños morían en la acera junto a él.

De pronto un tanque entró al puente. Ellos no habían alcanzado a volarlo y los aliados ya habían avanzado hasta el pueblo. ¿Qué estaría ocurriendo en las siempre puntuales fuerzas armadas alemanas?

De pronto el tanque apuntó sobre ellos y el cañón comenzó a moverse en su dirección. La casa estaba hecha añicos. Detrás de él había un piano y corrió a protegerse del fuego.

Las balas hacían sonar el piano, se escuchaba como a lo lejos la ciudad estaba siendo destruida por la artillería enemiga. Incluso podía oír el sonido del tanque enemigo que pasaba lentamente, primero por el puente, luego por fuera de la casa.

No le era posible moverse, el fuego cruzado no mermaba y de pronto no vio más compañeros. La mayoría del su pelotón murió o estaba escondidos como él. De pronto, el polvo le pareció insoportable. Trató de contener el estornudo llevándose su pañuelo a la boca, pero igualmente se le escapó un leve sonido, lo que activó nuevamente los disparos, por lo que no se movió. En cualquier momento aparecía un soldado por la puerta de la casa. Se había caído parte del techo y podía ver a lo lejos el fragor de la batalla.

Por fin hubo in silencio. Sabía que si se movía le iban a disparar.

El batallón enemigo seguía avanzando afuera. A veces se escuchaba solo el sonido metálico de los tanques. Podía sentir a los soldados pasando por fuera de

la casa. Recordó nuevamente la idea que tuvo en el camión. Quizás era verdad que el nazionalismo lo estaba enviando a la muerte, y no era una buena alternativa política en final de cuentas. Ninguna ideología es buena si envía a sus jóvenes a morir por miles en una guerra que estaba perdida desde el primer mapa.

¿Pero cómo sería esto posible? ¿Que acaso los planes del alto mando alemán estaban errados? Recordó la vez que conversó con Karlrobert, la noche antes de su ejecución. Recordó a la señora Heidrun sirviendo la mesa. Pero claro! Ella fue quien delató a su amigo. Esa noche el genio de su amigo pianista le había dicho que le parecía difícil que Alemania gane la guerra, en el contexto de una guerra a tres frentes. Era lo lógico, el ajedrez lo demostraba, la guerra estaba perdida. ¿Cómo no lo entendió antes?

De pronto, cesó todo ruido de batalla. La ciudad había sido tomada y él continuaba escondido en una de las casas que miraban al río. Pensó que quizás si lograba llegar a la rivera con vida, no lo descubriría el pelotón, pero era un plan muy osado.

¿Dónde iría? Incluso podría morir de hipotermia. La otra idea, era lograr cruzar el río hasta el brezal de enfrente. Seguramente allí se podría esconder en alguna bodega a pasar la noche. Igualmente la noche no tardaba en llegar y con ella el frío insostenible.

Él no era malo para el frío. En el sur de Chile hacía mucho frío también, pero nunca había sentido tanto frío como en Alemania. Habían noches en que parecía que Hamburgo estaba hecho de hielo.

De pronto, comenzó un incesante bombardeo aéreo. Cuando pensó que podía escapar de esta, comenzó el sonido de aviones aliados volando a baja altura. Levantó la mirada y vio pasar un avión sobrevolando el pueblo.

Entonces comenzaron las explosiones. Primero no puso atención al sonido de las bombas, luego sintió el sonido más cerca y casi encima de él.

Tuvo que salir corriendo de la casa que pronto iba a ser bombardeada. Salió y vio que habían muchos soldados británicos que habían pasado por el pueblo, se veían a lo lejos. Pensó que si corría, la explosión no lo dañaría pero no fue así. La casa explotó tras de él y el golpe de la explosión lo lanzó con fuerza por el aire hacia la calle y se golpeó la cabeza. La calle estaba llena de sus compañeros

mueritos y todas las casas destrozadas. El fuerte impacto de la explosión lo dejó sordo.

Con un pitido insoportable en el oído. Se llevó las manos a las orejas pues el solido era insoportable, parecía que se iba a volver loco. Corrió y logró salir de la calle mientras los soldados desde lejos le disparaban. Las balas pasaban sobre su cabeza y logró correr sobre el puente. Los soldados se pasaron la voz y comenzaron a practicar tiro al blanco con él. La guerra es el único lugar donde el gasto de dinero en balas no importa cuando hay que dar muerte a otro ser humano.

Uno de los soldados sacó su rifle de mira telescópica y le apunto a la espalda, justo en el momento en que Karl corría por el brezal, al otro lado del puente.

Corrió con todas sus fuerzas entre la vegetación hasta que se sintió seguro entre la tupida naturaleza. Recordó una escena de cuando era niño. Un día la empleada de su hogar era una señora de origen mapuche. Muy humilde, trabajaba en la casona de la familia de Karl mientras él era un niño. Ese día él conoció a Fresia, la hija de la señora mapuche.

Tenían la misma edad y comenzaron a jugar con las figuritas del ajedrez. Fresia no sabía las reglas del juego y el pequeño Karl que no debe haber tenido más de 8 años, jugó con ella y con las piezas de mármol como juegan todos los niños. Luego se aburrieron y comenzaron a jugar a la ronda, a perseguirse uno al otro.

De pronto, entró su madre a la cocina donde Karl jugaba con la hija de la empleada mapuche y lo tomó de un brazo y con violencia, lo levantó y lo llevó a la biblioteca y lo sentó en un sillón y le dijo; —No te quiero ver nunca más jugando con esa niña, ¿Me escuchaste?

—Si mamá. —dijo el pequeño Karl sin entender. —Esa niña no es tu amiga muchachito. Usted no debe mezclarse con esa gente.

—Si mamá, pero por qué no puedo jugar con ella si es una niña igual que yo, en el colegio juego con todos los niños.

—El colegio es otra cosa Karl, eso no es cualquier cosa. Es el colegio alemán. Nosotros somos alemanes. No nos mezclamos con esa gente. No te quiero ver nunca más jugando con esa niña.

Las palabras de la madre se escuchaban desde la cocina. La niña Fresia lloraba porque nunca comprendió porque no podía jugar con Karl. Ellos eran amigos.

Como tenían prohibido jugar juntos, se enviaban bolitas por debajo de la puerta de la biblioteca.

Un día la madre de Karl le prohibió a la madre de Fresia que lleve a la niña a trabajar con ella. Que ella viera donde la deja pero que ella no quiere que la niña juegue con su hijo.

—No tengo con quién dejar a mi hijita señora Evelyn, somos solas las dos.

—Entonces hoy es su último día de trabajo en esta casa señora. Muchas gracias por sus servicios.

Durante muchos años Karl analizaba esta situación de injusticia ocurrida en su propia casa, pero con el tiempo, el niño dulce que era, fue formado en el arribismo y la discriminación.

Él en su inocencia de niño no comprendía porque no podía jugar. Pero de adolescente ya comenzó a repetir las palabras de sus padres, hasta que el fervor por el nazionalismo, lo tenía en un brezal en un pueblo al norte de Hamburgo, con 16 años escapando de los soldados británicos.

De pronto, mientras corría a toda carrera, se escuchó un impacto de bala. Sonó despacio, sin mucho ruido. A lo lejos se estaba librando la batalla pero en el brezal de Lunenburgo estaba todo relativamente en silencio. Sintió un calor en la espalda. Parece que le habían dado.

CAPITULO 21

TODT Afuera lo esperaba su auto y lo llevó al campo aéreo *Wolfsschanze* para tomar su avión de vuelta a Berlino, como dicen los alemanes de cariño a su ciudad capital.

El auto lo llevó por los bosques nuevamente hasta el aeropuerto y una vez allá lo invitaron a comer la cena. Una secretaria le informó que su vuelo estaba retrasado y que no saldría a las 9 de la noche según lo previsto sino que saldría hasta las 2 de la mañana.

Todos los que lo vieron ese día dicen que Todt estaba rendido, con un ánimo por el suelo, con los ojos llorosos. Muchos temían que su discusión con Hitler le cueste una degradación, aunque Todt era un miembro importante del partido, la cosa estaba muy fea pues pocos eran los que se atrevían a discutir en tal tono con Hitler. Quizás se le había pasado la mano. Pero no podía entender como el mismísimo Führer de Alemania pudiera estar tan fuera de sus cabales.

Esta guerra significaría la ruina de Alemania, en eso estaba seguro y apenas llegue a Berlín debía comenzar a pensar qué hacer, a reunirse con Hjalmar Schacht. Mientras cenaba pensaba y pensaba y los asistentes le sirvieron en el aeropuerto muy asustados, como si hubiesen visto a un muerto. En su mente repasaba uno a uno los rostros de aquellos sospechosos que lentamente se habían alejado de él, principalmente recordaba la antipatía mutua con Hermann Göring. El Comandante en Jefe de la *Luftwaffe* nunca lo apoyó en sus reclamos, sino más bien se había transformado en su enemigo.

Se quedó dormido sobre la mesa en el casino de oficiales esperando su vuelo. Debía actuar rápido llegando a su despacho en tratar de cambiar el rumbo de las cosas. Pero ¿Qué hacer? Ya no pudo cambiar de parecer a Hitler. ¿Ahora cual debía ser su siguiente paso?

No tenía la más mínima idea de lo que debía hacer para salvar a Alemania. Quizás todos aquellos que estaban en contra de Hitler tenían razón, quizás se había vuelto loco. Quizás ya no era el mismo Hitler que había llevado a Alemania a ser nuevamente grande.

A las 2 de la mañana una secretaria le informó que su avión estaba listo para despegar y que ella había coordinado un chofer para que lo vaya a buscar al aeropuerto de Berlín y lo lleve a su casa, que era mejor que no conduzca tan cansado.

Tenía un aspecto horrible. Hacía días que dormía a puros saltos y el insomnio y la neurosis lo estaba carcomiendo.

El gran ingeniero bávaro creador de las mejores autopistas del mundo y de un sin fin de puentes y obras viales de la mejor calidad, no sabía qué hacer para salvar el destino de Alemania. Quizás el Führer tenía razón y Alemania seguiría siendo grande, pero sus cálculos de ingeniero no mentían. Él sabía que no estaba equivocado.

Así fue como tomo su avión reasignado para las 2 de la mañana. No entendía porque y se había molestado bastante con la señorita encargada de su vuelo, pero ella le informó que el avión estaba en mantenimientos y que a esa nueva hora iba a volar.

Telefoné a su casa desde Prusia para avisar a su esposa el retraso del vuelo. A estas alturas ya la relación con su mujer era de respeto, pero nada de

complicidad pues el cariño había muerto y estaba sepultado bajo toneladas de horas y horas de trabajo en su despacho, calculando pertrechos de guerra. También le comunicó a su esposa sus sospechas que tenía de las largas reuniones entre Hitler y Albert Speer y por qué este no viajaría junto con el de vuelta a Berlín.

Ya tendría tiempo de invitar a su esposa a Italia una vez que termine la guerra. Tomó el avión a la hora indicada y anotó en una libreta el nombre de sus colaboradores más cercanos en el partido. Se entrevistaría uno por uno transmitiendo sus cálculos. Algo debía hacer para evitar el colapso. Se sentó en su asiento y dejó a un costado su abrigo y su gorra de la oficialidad de la S.A. Ajustó su cinturón y se propuso estar dormido antes que el avión despegue.

Por fin el avión se puso en movimiento y se alejó de la tierra a esa esa hora oscura. Luego de algunos minutos en el aire, Fritz Todt se quedó dormido y nunca supo el desenlace de la guerra ni el fin de todas sus preocupaciones. El avión explotó en el aire y el gran ingeniero del partido nazional socialista alemán de los trabajadores murió en el acto sin posibilidad de dar cuenta su verdad. Hitler dio orden de no investigar el atentado que explotó su avión y con él murió la última posibilidad de salvar Alemania del desastre inminente.

Antes de subirse al avión, Todt llamó muy tarde a la casa de Hjalmar Schacht. Éste se demoró en contestar pues debe haber estado durmiendo. Casi que iba a colgar cuando se escuchó una voz al otro lado del teléfono.

—Aló, ¿quién llama a esta hora?

—Aló, ¿Hjalmar? Soy Fritz.

—Dime.

—Debes reunirte con el coronel Claus von Stauffenberg y discutir sobre su visita a la ópera de Wagner.

—Entendido. —Dijo la voz al otro lado del teléfono y colgó. Fritz Todt también colgó y salió del aeropuerto acomodándose el abrigo en dirección al avión.

CAPÍTULO 22

KLAUDIO ARRAU 1949

Klaudio Arrau estaba enfermo en cama afectado de tuberculosis, en la prisión soviética *Hohenschönhausen* de la ciudad de Berlín, donde los rusos lo tenían detenido acusado de ser espía de los Estados Unidos.

La habitación tenía apenas una sola cama y estaba iluminada día y noche

por una sola ampollita que no permitía al detenido saber si era de día o de noche.

La enfermera entró con la medicina en una bandeja y le tomó la temperatura. Klaudio Arrau había tenido una vida muy diferente a la de su afamado padre. Nació en Berlín en el año 1929, durante el primer matrimonio del célebre pianista con la soprano letona Erika Burkevitch y ahora desfallecía moribundo en esta prisión en la que cayó desde que terminó la guerra.

Se le acusaba de trabajar como espía para los Estados Unidos, cuando en realidad las sospechas de tales afirmaciones caían sobre su famoso padre.

Klaudio era apenas un joven de 20 años y para su mala suerte, tenía el mismo nombre que su padre pianista, el que ya hacía años estaba radicado en Estados Unidos. La Stasi ocupaba esta prisión con prisioneros de guerra que bajo sospecha, eran torturados física y psicológicamente.

En el sector más bajo y húmedo de la prisión se encontraban las celdas llamadas "El Submarino", donde los reos eran sometidos a la tortura y la incomunicación. Otros de peor suerte, durante los interrogatorios eran encerrados a las *Jaulas de los Tigres*, las que estaban en la intemperie y eran un verdadero infierno para morir de frío durante los terribles inviernos.

El cuerpo de Klaudio no soportó las largas agonías a las que fue expuesto. Se le preguntaban cosas acerca del paradero de su padre, de las veces que Arrau había ido a tocar el piano a la mismísima Unión Soviética. No podían aceptar que el músico haya desfilado por sus propias narices, llevando y trayendo correspondencia secreta en tiempos de guerra.

¿Qué mejor espía que un pianista? Decían los inspectores del Servicio Central de Espionaje soviético en tierra Alemana, mientras torturaban y careaban a Klaudio con otros prisioneros, sin obtener resultados. Klaudio no sabía, o quizás nunca diría lo que ellos querían saber.

Lo interrogaban sobre sus conexiones con Chile, sobre la posibilidad de que él supiera acerca del escape de Hitler a Sudamérica. La verdad era que la Stasi sospechaba que el Führer se había escapado con apoyo de los Estados Unidos, de la Cruz Roja, del Vaticano y del Gobierno Argentino de Juan Domingo Perón, poco días después de haber sido afectado de un atentado contra su vida en *La Guarida del Lobo* por una operación encubierta llamada Operación Valkiria, que

en vez de deshacerse del Führer, lo iluminaron con sus ideas mesiánicas sobre su propia inmortalidad. Lo ocurrido fue que el Coronel Conde Claus von Staunffenberg colocó una bomba en la oficina de planos de Hitler debajo de una mesa, la que al explotar lo cubrió inesperadamente con la gruesa cubierta de madera.

Los interrogatorios incluían las sospechas que después de este atentado, el verdadero Hitler había escapado a Argentina vía submarino y que el Führer que estaba en el bunker a partir de esa fecha era uno de los tantos dobles que utilizaba.

Los mismos rusos hicieron correr la voz que Hitler había sido encontrado muerto en el bunker durante la ocupación soviética de la ciudad de Berlín. Pero sus sospechas nunca fueron esclarecidas por Klaudio ni por ninguno de los prisioneros de guerra que morían diariamente en *Hohenschönhausen*.

Klaudio Arrau hijo, murió de tuberculosis en su cama de la prisión soviética más inhumana de la postguerra en la Alemania ocupada, llevándose con él toda la información referente a los años que su padre Claudio Arrau trabajó para el Servicio Secreto Estadounidense. La enfermera le tomó el pulso y verificó que estaba completamente muerto.

CAPÍTULO 23

EL BREZAL Se sentó entre los brezales. Ahora le dolía en el pulmón derecho y le costaba respirar. Si le habían dado le quedaba poco de vida. Se tomó con la mano la espalda y tenía los dedos con sangre. Estaba completamente lúcido todavía pero en ese momento se dio cuenta que su muerte era inminente.

Recordó la conversación con Alexander Alekhine. Cuando le dijo que tenga cuidado con la ideología. Que la ideología es una forma de inteligencia que a veces nubla hasta la más clara racionalidad. Estarías dispuesto a dar tu vida por el nacionalsocialismo? Le preguntó el campeón del mundo.

Quién sabe que ha pasado con él ahora que Alemania había sido ocupada por los aliados. Los rumores en el ajedrez decían que había escapado a Francia, luego a España y quizás a Portugal. Pero que estaba pobre y alcohólico. Parece que el nacionalsocialismo también le había arruinado la vida al campeón mundial vigente. Si sobrevivía a la guerra, pensó, el campeonato mundial estaba al alcance de su mano. Tan solo tenía 16 años.

Podemos culpar a un niño de 16 años por sus errores? Cuando nos vamos a perdonar?

De pronto pasó un nuevo escuadrón de aviones. Los aliados no paraban de avanzar y avanzar sobre suelo alemán. Entonces, a lo lejos escuchó lo peor. Miles de aviones alemanes bombardearon Hamburgo. Fue una de las más terribles masacres en las ciudades alemanas de la primera etapa de la invasión aliada por el oeste.

También fue bombardeada la ciudad de Colonia y circulaban rumores que por el otro flanco, los soviéticos estaban por entrar en Alemania, pues ya estaban en Polonia. Si llegaban al río Oder, ya Alemania estaría acabada. Qué sería de la súper bomba que estaba construyendo el Führer? Decían que él mismo la estaba haciendo con sus propias manos.

A lo lejos, el bombardeo convirtió el atardecer en día por un momento. No sabía si ese resplandor en el horizonte era su ciudad de Hamburgo o si era otra. Estaba cansado y comenzó a sentirse mareado. Junto a él habían varios compañeros muertos. El brezal estaba lleno de muertos.

ACERCA DEL AUTOR